

108
PRO

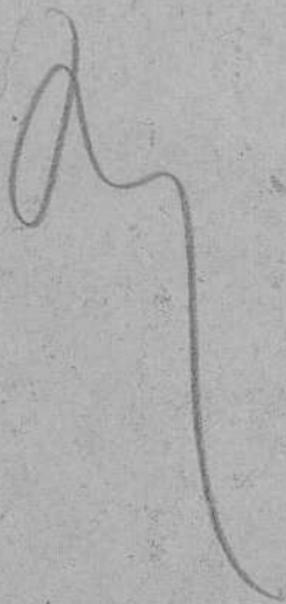


NUEVAS ORIENTACIONES
STUDIO CIENTIFICO DEL TOREO

LOS
OJOS
DEL TORO

150

OR
EL DOCTOR ANA



254

EL DOCTOR ANÁS
(Victorio de Anasagasti)

Los Ojos del Toro

~::~ Nuevas orientaciones ~::~

Estudio científico del toreo

Portada del Arquitecto ~::~
~::~ D. Teodoro de Anasagasti

Grabados de ~::~
~::~ D. Alfredo L. Monasterio

[Handwritten signature]



Librería de Alejandro Pueyo
Gran Vía, 16
MADRID

[Handwritten mark]

PRIMERA PARTE

Introducción

SUMARIO

Fruto de un largo estudio.—Aparición del libro *El Toro de Lidia de Retance II*.—El toro español.—Los tratados de Tauromaquia son incompletos.—El aficionado no tiene un credo.—Originalidad e importancia de este libro.

Introducción

Desde hace muchos años; desde que empecé a ver toros, andaba en pos de lo que hoy— y a Dios sean dadas gracias—, puedo ofrecer al lector como primer fruto de un estudio en el que puse toda mi constancia de hombre del Norte, y mis grandes amores por el más hermoso de los espectáculos públicos.

No me conformaba; no podía conformarme con las afirmaciones, definiciones y reglas que desde *Pepillo* venían repitiéndose, sin que los fundamentos en que descansaban, apareciesen por lado alguno.

El toro, el hermosísimo toro español, cuya presencia en el ruedo suele durar breves minutos, se me ofreció curiosísimo en extremo. De tal modo excitó mis condiciones de observador, que—ajeno casi siempre a los atractivos sin número de la fiesta y a los múltiples incidentes de la lidia—, en él puse la mirada, como origen, base y compendio que es de la misma.

¿Cómo es posible—decía yo—, que al cabo de tantos años como llevamos asistiendo a su sacri-

ficio; a la vista de tanto toro como se ha jugado, no hubiera merecido de doctos y técnicos—ya que no de los aficionados en general—, el estudio, la atención que a mí me despertó desde el primer día?

¿No iba siendo hora de que esa atención y ese estudio que monopolizaba el torero, se extendiesen al elemento principal, a aquel sin el cual la lidia no existiría?

¡Técnicos!... ¡Doctos!...

¿Dónde estaban? ¿Qué hacían? ¿A qué reducían su acción y sus conocimientos, su afición y sus observaciones?

Desgraciadamente, el toro pasaba desapercibido o relegado a último término, sin que de él nos importara nada más que la casta o procedencia—en cuya garantía buscábamos su bravura— la edad, lámina, peso y buen desarrollo físico.

Fuera de eso—cuya importancia para la lidia no he de negar—, el toro no era otra cosa que la necesaria víctima, por no decir la indispensable marioneta, cuyo sacrificio exigía nuestra diversión...

* * *

Un día, en los escaparates de las librerías apareció un libro, cuyo título, *El Toro de Lidia*, no podía ser más sugestivo.

—¡Gracias a Dios, exclamé, que aparece el libro tan deseado! ¡Ya hay un técnico que, por primera vez se olvida de los toreros y de las descripciones

de las suertes, de anécdotas, efemérides y biografías, para conceder al toro la importancia que tiene y que hasta hoy no se le ha dado..!

Y abrí el libro, confiado en lo que el título prometía y los títulos (1) del autor nos hacían esperar.

¡La decepción fué grandel

El buen amigo y estimable escritor profesional que lo suscribía, no tuvo al escribir la obra, el acierto que tuvo al bautizarla. Sus deseos eran buenos, honrados; pero no estuvo suficientemente preparado para desarrollar el tema, que hoy, acaso, lo hubiese tratado mejor; o se distrajo, llevando por otros senderos la idea principal...

La inspiración de que le creí dotado, le faltó, y el libro, más que para puesto en manos del aficionado a la fiesta, le resultó un tratado de veterinaria elemental.

Sin embargo, nadie podrá negar al escritor inteligente que popularizó el seudónimo de *Relance*—que antes lo empleó otro escritor—, la gloria de haber sido el primero que rompió con los viejos moldes.

Ya no había aquello de que, según *Costillares*, había que adelantar el pie derecho y no el otro; o de que el *Pucheta* ejecutaba por alto lo que el *Chiclanero* verificó por bajo.

(1) Hízose tarjetas en las que puso: *crítico taurino y amigo del toro*.

Había sonado la voz que acabase con los tratados tauromáquicos, en los que, con una fastidiosa repetición, se venía diciendo desde los primeros días, lo que para ningún aficionado era secreto; ya no observaríamos en ellos las tremendas imperfecciones de fondo y forma de que estaban plagados, contradiciendo aquí lo que allí sentaban como dogma.

* * *

El famoso diestro *Pepello* dictó en 1796 una Tauromaquia; bajo la inspiración de Francisco Montes se publicó otra a mediados del XIX, y un siglo después de la primera, apareció un nuevo tratado tauromáquico, cuya dirección corrió a cargo de Rafael Guerra.

Libros son que en sus épocas parecieron minuciosos, bien entendidos y mejor intencionados. No así hoy, que nos parecen anacrónicos, incompletos, pobres; sin que las muchas obras que nos ha regalado la literatura taurina contemporánea, subsanasen las deficiencias de aquéllas. Acaso porque sus autores, olvidando que un libro moderno—aunque fuese de torería—tiene que ser científico, definitivo, revolucionario, no acertaron a crear nuevos, distintos de los conocidos.

Sánchez de Neira, reputado como gran maestro, incurrió en graves pecados de técnica, de apreciación y de fechas; su lenguaje, que a ratos es viril y elegante, por lo general es poco elevado, y su

lógica más pobre que sana. El lápiz rojo del inteligente, tiñó sus páginas, como el hijo de Venus rasga y mancha con su aguda flecha la alba túnica de la virgen...

«La Tauromaquia» de *Guerrita*, obra es en la que las deficiencias de técnica llegan al número de palabras, que, con ser muchas y muy bellas, no pueden cubrir las pobrezas del cuerpo...

Y otras, anteriores y posteriores a éstas—conocidas seguramente del lector—, tampoco cumplen su objeto; porque son verdaderos rompecabezas, en los que técnica y lógica se tiran a matar.

¡Parecen salidas del mismo útero que engendró la pintura futurista, el cubismo, la poesía ultraísta y otras mamarrachadas por el estilo.

«Las otras, o son copias más o menos serviles o son geroglíficos que no descifrarían ni los mismos que los pusieron.» (1)

Su lectura causa un efecto como el que debieron producir los libros de caballería; y en su interpretación hay materia para todos los gustos y pareceres.

Sus autores, a semejanza de los doctores de la celebrada zarzuela, ofrecen panaceas para todos los males, lo mismo

*si el perro está rabioso,
o no lo está.*

(1) Pascual Millán.

Por su culpa, jamás están de acuerdo los aficionados. Discuten un punto cualquiera, y la luz nunca brilla para ellos; antes al contrario, se enfadan, se insultan, llegan a las manos, y, ¡cada loco se va con su temal. .

Si las Tauromaquias fuesen definitivas; si las reglas que dan fuesen inmutables, fijas, claras, de evidente demostración, la afición tendría en ellas un credo al que recurriría en sus dudas, o cada vez que tratara de interpretar un punto origen de controversia. No habría discusiones sobre técnica, y sólo se hablaría de gustos, de simpatías, de las preferencias que cada uno tuviese por tal o cual escuela, o de la manera que los diestros tenían de ejecutar determinadas suertes de la lidia.

Pero ese credo no existe; y este libro—que yo no sé si será definitivo, ni si llenará el vacío de que hablo—, tiende por lo menos, a iniciar al que guste de la materia en asuntos por nadie hasta ahora tratados.

De su originalidad e importancia, el lector y la crítica han de decir.

A sus decisiones me someto, y sean éstas las que fuesen, yo las recibiré con el gusto y el respeto de siempre.

¿Dejaremos de ser rutinarios?

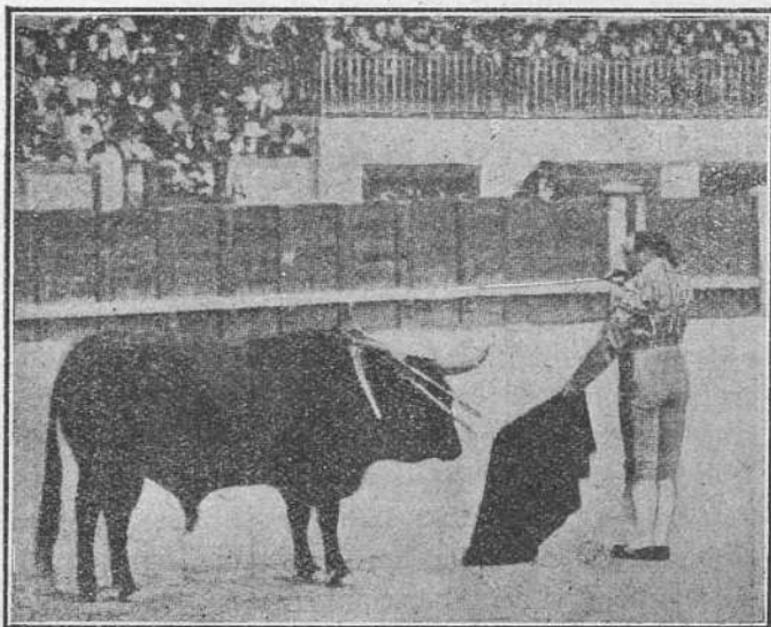
Todas las reglas, absolutamente todas, tienen un por qué; todas se fundan en algo, y si no profundizamos en las causas, de poco nos puede servir la experiencia.

¿No se han fijado ustedes en que todos los tratadistas y definidores de las suertes que se ejecutan con el toro, han convenido en que el diestro debe situarse al comenzarlas, en la rectitud del terreno que aquél ocupa, para que resulten limpias y lucidas?

Claro está que eso se refiere a las suertes que se llaman de frente, y no a aquellas otras que pudiéramos designarlas como suplementarias o de recurso; como son las que se ejecutan a la media vuelta, etc.

También habrán ustedes observado, que ninguno de los tratadistas y definidores, ninguno hasta el día en que estamos, ha explicado el por qué de esa ley torera.

¿Hace falta encarecer la importancia que tiene para el torero y para el aficionado, demostrar el fundamento de una afirmación millares de veces



repetida, aunque a nadie se le haya ocurrido preguntar en qué razón descansa?

* * *

Todo lo más que he podido averiguar; todo lo que he podido arrancar a los que se tienen por maestros en técnica torera; todo lo que me ha sido posible entresacar o deducir de la lectura que he venido haciendo de los tratados tauromáquicos, es que ¡así lo demuestra la experiencial!

No basta, no puede bastar eso al crítico, cuya misión no es la del rutinario o la del simple erudito, que no quieren ver más que lo que ven con los ojos; negándose a ir más allá, desentrañando lo que debe ser objeto de atento examen.

Lo de practicar, o mejor dicho, iniciar las suertes en la rectitud, en la prolongación del eje del toro, tiene un parentesco muy cercano con lo de no adelantarse ni atrasarse en la ejecución; con lo de no atravesarse; con lo de no colocarse en el viaje del toro; con lo de que el toro bravo embiste de lejos y en línea recta.

Además, ustedes han debido leer en revistas de corridas, que muchos toros llegaron al último tercio de la lidia con pérdida de la vista, por el excesivo castigo que recibieron en varas. Y lo tomaron como artículo de fe. ¿No es cierto?

¿Quiéren decirme qué relación establecen entre ese *castigo* aplicado al toro en aquel su abultamiento carnosos llamado morrillo, y la mejor o peor manera de transmitir los órganos de la visión las impresiones producidas por la luz?...

¿A quién se le ocurriría decir que cuando molesta un callo en un pie, debe rascarse la punta de la nariz, como remedio adecuado y único?...

Pues, igual es la relación que existe entre el daño causado al toro con las varas y la pérdida de la visión. No hay tal relación, ni tales carneros.

De la retina nace un cordón, que atraviesa la esclerótica y conduce al encéfalo las impresiones;

allí muere ese cordón, que se llama nervio óptico. Por lo tanto, mientras el toro no reciba en los ojos un accidente que trastorne su funcionamiento; mientras no reciba un golpazo en la frente, que le produzca congestión o algo así, sus ojos verán normalmente; aunque le claven mil puyas, rejones o banderillas en la prominencia del cuello.

No por esto voy a negar que, cuando desangrado el toro y exánime, busca la barrera como refugio o defensa, va perdiendo vista, como va perdiendo todo lo que sea manifestación de vida o vida misma, y que una vez muerto, tendrá dilatadas, agrandadas las pupilas.

Al faltar la vida, falta también la luz; es decir, los órganos de la visión no transmiten con regularidad las sensaciones; porque el mecanismo físico no responde; porque la retina no se impresiona; porque el nervio óptico no lleva al cerebro noticias de sus impresiones; porque el cristalino, el humor vítreo y el acuoso, parece que se solidifican, adquiriendo una opacidad que no tenían; porque se obstruyen los conductos lacrimales y se paralizan los músculos motores.

Observad los ojos de los muertos.

Aunque el individuo abandone la vida en pleno mediodía del mes de Agosto, no ve, o ve menos, a medida que se va extinguiendo su vida. Como el que se encuentra en una habitación completamente oscura, ensancha las pupilas, buscando aquello que le falta; luz que bañe las superficies de los cuerpos.

Todos saben ustedes que Goethe dijo al morir:
—¡Luz! ¡Luz!...

Y cuentan que expiró en pleno día, teniendo abierto el balcón, que daba al jardín.

* * *

En la visión clara y limpia, hay una distancia limitada por dos puntos; uno, cercano a los ojos, y otro, en el infinito; que los físicos designan con los nombres de *punctum proximum*, y *punctum remotum*, respectivamente.

Fuera de estos límites—como se observa con el optómetro—, se ven dos imágenes iguales; una con cada ojo; o una sola, pero muy turbia, si el objeto es de poco cuerpo, como por ejemplo, un alambre.

Pero en la visión llamada clara y perfectamente limpia, sabido es que con los dos ojos se ve una sola. Dentro, claro está, de aquellos límites. (1)

El toro en la plaza, libre para acometer y revolverse, se mueve siempre como si sus ojos padecieran de anomalías por refracción, o por falta de adaptación a las distancias. Unas veces acude con desproporcionada velocidad en persecución de objetos lejanos; otras veces, detiéndose en mitad de la carrera, como si algo invisible y poderoso le presentara un obstáculo infranqueable, o pasa de

(1) Esto no es negar la propiedad del cristalino de modificarse o acomodarse para la visión, según las distancias.

largo, sin fijar su atención en lo que está o se mueve cerca de él.

El espectador y el torero atribuyen estos fenómenos a defectos de la vista; que los determinan con los nombres de burriciegos de lejos (miopía), burriciegos de cerca (hipermatropía), burriciegos de un lado (astigmatismo), etc. etc., cuando no los atribuyen, como generalmente sucede, a intenciones o picardías, designándolos con los apelativos de toros de sentido, toros que ganan terreno, toros recelosos, abantos, temerosos...

Yo no niego que unos toros se defiendan, que otros corten el viaje al torero; que unos sean más revoltosos que otros, o que no hagan caso del engaño que el lidiador les presenta, no. Tampoco negaré que algunos salen con defectos en la vista y que su lidia se hace a veces complicada y difícil.

Lo que digo es que muchas particularidades que en el toro se aprecian como defectos o anomalías, no son tales, y que si a simple vista nos lo parecen, débese a la poca atención que hasta hoy nos ha merecido el principal factor del espectáculo.

¿Qué se ha escrito del toro? ¿Qué estudio conocen ustedes, como no sean los tratados insulsos de Tauromaquia, en los que sólo se habla de la gestación, de la crianza, de las tientas, del esmero, con que se le atiende, de la selección de vacas y sementales?...

Todo ello es muy curioso: como lo es cuanto se refiere al ganado vacuno, y principalmente al

toro bravo de nuestro país. Pero, lo que se ha dicho y escrito, pertenece al toro en los pastos y nada o casi nada, al toro en la plaza; como no sean cuatro vulgaridades sobre querencias, sobre la propensión que tienen de caminar en cierta dirección, o de cornear con preferencia con una de sus armas. Y lo que se ha dicho de eso, ha sido debido a la repetición de casos anotados, a la coincidencia de hechos que el menos observador los anotaba, y que no podían pasar sin mención.

Mas, ¿quién se ha preocupado de inquirir el por qué de aquellos fenómenos, gratuitamente achacados a los *naturales instintos* de la fiera?

Todo esto, como lo que antes decíamos de iniciar las suertes en la rectitud; como aquello otro de la pérdida de la vista por efecto de los puyazos, han debido parecer a los tratadistas asuntos poco dignos de examen, o difíciles de descifrar, cuando han pasado por ellos como sobre ascuas dedicando sus observaciones a la vistosidad de las suertes, al mérito más o menos relativo que tienen según cómo se practican, y al *ángel* o a la arrogancia, al movimiento de caderas, o al terno que lució el lidiador.

¡Datos importantes para la historia, que no deben omitirse en ninguna reseña bien hecha!...

*De verde y oro vestía
el simpático torero...*

*Valen más ese cuerpo
y esos andares...*

Bueno; pues sepan ustedes que el toro no ve de cerca y de frente.

—¡Qué barbaridad!...

—¡Vaya un aficionado!... exclamarán gritando, algunos de los inteligentes para quienes la lidia no tiene secretos, y a los que nada se les puede advertir que no lo sepan o no lo hayan visto antes que nadie, y menos pretender enseñarles...

—¿Enseñarles? ¡No faltaba más...!

Para ellos, como escribí en otro lugar, lo que dijo *Cúchares*, lo que realizó el *Galio*, o lo que sentenciaron *Panchón* y el *Lavi*, son las únicas fuentes verdaderas. ¡No puede haber otras!...

¿Quién podrá saber tanto como los mismos toreros?... ¿Quién?... ¿El que desde el tendido mira y observa, dando importancia a lo que para otros pasaba desapercibido, y busca en sólidos principios el fundamento de algo, cuya causa no se presenta clara? ¿Ese? ¡Qué iba a saber! ...¡El que sabe es el que anda toda su vida metido entre los cuernos y procurando la mejor manera de burlarlos, con gallardas demostraciones de valor y destreza!...

No; no son, ciertamente, los momentos de la lidia—como explicaré más adelante—, los más indicados para que el torero observe y estudie. Más tranquilo se halla el que desde su localidad puede analizar cuanto tenga por conveniente, y en mejores circunstancias, y en mejor estado de espíritu.

Decidme: ¿cuántos toreros atienden al toro, sin hacer el menor caso de los *inteligentes* que se pasan la tarde aconsejándoles? ¿Cuántos, con espíritu de observación?...

Sin embargo hay quien sostiene lo contrario.

Para los aficionados rutinarios, intransigentes y groseros que a ningún otro, a nadie conceden inteligencia taurina que ellos no la posean, y que se mofan del que por sus conocimientos está muy por encima de ellos, los juicios de aquellos indocitos maestros—no es paradoja—, tiene tanto valor o más que lo irrefutable, lo divino o lo científico...

—¡Qué ciencia, ni qué niño muerto!... ¡Que salgan toros limpios, de edad, de lámina, de sangre; que peguen bien; que la lidia se lleve a derechas; que los toreros adivinen en un abrir y cerrar de ojos, las condiciones con que los toros se presentan, y que tengan valor y hechuras!...

Con esto y con ir todas las tardes a la plaza, anuncien lo que anuncien y exijan lo que exijan por las localidades; con dirigir censuras, insultos y amenazas al presidente, al asesor y al torero; con pasarse el resto de la vida discutiendo si el pase estuvo bien dado por alto; con no estar jamás de acuerdo con nadie—porque eso equivaldría a confesar que otros entendían tanto como ellos, o ellos menos que los otros—, y con acabar la discusión, invariablemente, gritando:

—¡Usted qué sabe de eso...!

—¿Me va usted a dar lecciones a mí, que vengo asistiendo sin perder una, abonado desde el 64..?

—¿Usted quiere enseñar al padre a...? etc. etc., ya está todo arreglado; la Patria en auge, y ellos erigidos en maestros...

* * *

Pues, sí, la ciencia—aunque en dosis miligramáticas, en simples nociones de fisiología, de óptica, de lentes, de mecánica, que todos debemos poseer—, vamos a aplicar al toreo; huyendo, en cuanto sea posible, del abstruso lenguaje del hombre técnico, para no quitar a estas páginas el interés y la amenidad que deseo que tengan.

Sí: el libro tiene que ser torero en todos los sentidos; torero, porque es de técnica, de tauromaquia, mirado por donde se le mire; y torero en la vistosidad del ropaje con que he de vestir las ideas. Como es claro el cielo de nuestra Patria, y vistoso el marco y los factores que en la lidia intervienen.

Pero, ¿cómo escaparnos a la ingrata pesadez, a la aridez del lenguaje científico, que, si en la cátedra nos aburre, tampoco en el libro nos deleita..?

Caminando poco a poco; siguiendo al toro desde que se presenta en el redondel, hasta que cae sin vida.

Así, por el método analítico, iremos de los efectos a las causas, y cuando hayamos reunido las suficientes observaciones para darnos exacta cuen-

ta del valor que tienen, deduciremos, haremos síntesis de las causas, que las veremos claras e indubitables; sin necesidad de servirnos de dibujos con cortes de la cabeza del toro, secciones de los ojos, ángulos visuales, etc., que en un principio creímos de indispensable empleo.

Y ante todo, para que a nadie sorprenda que hoy puede escribirse un libro de esta naturaleza, sépase que el toreo, como todo, ha evolucionado. Que los toreros de hoy no son, afortunadamente, tan incultos como sus predecesores.

Los que, equivocadamente, se esfuerzan en que deben imitar a los antepasados — muchos de los cuales no sabían contar ni con los dedos de la mano, aunque como toreros fuesen gloriosos —, atribuyen a esa incultura la fama y la reputación que alcanzaron.

¡Qué desconocimiento de la historia torera!...

Hoy son pocos, muy pocos, los toreros que están en palotes, y son, en su inmensa mayoría, si no muy doctos, bastante ilustrados. Lo necesario para huir y despreciar a los necios—¡en buena hora sea dicho!—que basan la grandiosidad que tuvo la fiesta, en el estado poco menos que salvaje de sus campeones.

Hoy, ningún coletudo, grande o sin nombre, quisiera retroceder a la vergonzosa incapacidad del hombre primitivo. Y esta evolución, ese progreso, débese principalmente, al que fué el más perfecto de los estoqueadores a volapié, al culto y caballe-

roso guipuzcoano, cuyo relieve, como ciudadano y como torero, es de tal naturaleza, que atrae y sugiere como figura excepcional.

El estudio, la observación, la crítica profesional entretienen muchos momentos de su vida. Y esto, juntamente con la amplitud y extensión que los conocimientos han logrado en nuestros días, hace que no vacilemos en lanzar este libro, primero en su género, y al que seguramente, habrán de seguir otros más acabados o más perfectos.

SEGUNDA PARTE

ANÁLISIS

El toro en el primer tercio

SUMARIO

Presentación del toro en la plaza.—El viaje natural.—¿A qué obedece esa tendencia?—Cómo embiste el toro.—*Uatdemoro* en Italia.—El toro en las suertes de capa.—Las suertes se cargan al pitón contrario.—Adelantarse y atrasarse en las suertes.—Atravesarse con los toros.—Colocación del capote al rematar los lances.—Los toros en el experimento de *Don Tancredo*.

El toro en el primer tercio

Ya están las cuadrillas en sus puestos. Cesan al mismo tiempo que las alegres notas del pasodoble, las palmas y los saludos con que el pueblo recibe a los lidiadores.

Los capotes con que ciñeron sus bustos, al presentarse en la arena, cuelgan ya de las barreras y de los balcones de gradas y palcos, siendo sustituidos por los que han de utilizar en la brega, que antes desarrugan y extienden en el suelo, con gracioso abandono.

El toque agudo del clarín, a cuya señal el pesado portón de los toriles abre paso al toro, impone silencio y reclama la atención del pueblo congregado.

Todas las miradas convergen en la negra boca del pasillo, por donde retador, bravo, seguro de su fuerza y ligereza—impropia de su maciza corpulencia,—saltará el toro, nervioso, revolviéndose, escarbando la arena, mugiendo, mirando a todos lados, queriendo acudir a un tiempo a todas partes, impaciente por hacer ver el poderoso brío de que está dotado...

Pero, no; el toro bravo no se presenta escandaloso ni flamenco; no sale desafiando. Aparece corretón, generalmente, deseoso de sacudir sus miembros, inactivos durante el tiempo que permaneció en la cárcel del chiquero.

Y al verse encerrado en un círculo, al enterarse de que no hay puertas al campo; al verse rodeado de unos hombres que le provocan y le incitan a acometer, jugando las capas, se da cuenta de que no le queda otra solución que dar cara; y cuanto más burlado se ve y más quebrantado, más crece su acometividad furiosa.

Tiene la confianza en sí mismo, que le da el poder; tiene la valentía del que se cree superior...

Algunos toros, por el contrario, salen con la testa en alto, atropellando cuanto se les pone delante y, como el bravucón del famoso soneto, acaban demostrando que no responden a lo que hicieron esperar en su presentación.

Mas hay algo de común a todos; la dirección que toman al salir.

Casi todos caminan hacia su izquierda, que es lo que suele llamarse *viaje natural* del toro.

Los que salen por su derecha, o llevan el *viaje contrario*, generalmente lo hacen atraídos por el ruido o por la presencia de algo o alguien que allí no debe situarse, por lo que explicaremos más adelante. Pero también debe tenerse

presente que los que caminan hacia su derecha—de lo que tratamos en el capítulo *Los lances por la izquierda*,—lo hacen por su tendencia a cornear con el arma derecha. Estos toros son los menos, pero son los que, por no lidiarlos convenientemente, ocasionan las tragedias.

Y ¿a qué obedece la general tendencia de caminar por la izquierda?..

Esta pregunta hicieron a un querido amigo y aficionado tenido por competente, cuya desaparición lloramos, y así respondió desde las columnas de *Blanco y Negro*:

«Creemos, en efecto, que tiene usted motivos para pensar en por qué se dirigen los toros siempre a la izquierda, al revés que ocurre, como observa muy bien, con todos los demás seres y las demás cosas.

No recordamos haber visto en tratado alguno, nada relativo a tal punto.

Al recibir su carta, hemos pensado en ello, y suponemos—quizá sea una vulgaridad—, que si salen por la izquierda, es porque a tal lado se colocan los picadores.

Creemos esto con algún fundamento. Porque casi todos los toros en los que se ejecuta el experimento tancredil, salen derechos a los me-

dios y asimismo, los toretes o becros en fiestas sin picadores.

En la última que hemos visto de éstas, cuando ya teníamos la pregunta de usted, nos hemos fijado, y no salían hacia la izquierda, por regla general, sino en dirección al sitio en que había mayor grupo de toreros »

Como confesaba él mismo—el bueno de *Dulzuras*—, no había hecho las necesarias observaciones y se contradice cuarenta veces en las veinte líneas que transcribimos.

La becerrada a que hacía referencia, la vió en la plaza de Tetuán de las Victorias, en la que, por la especial distribución de dependencias y localidades, las puertas de chiqueros están más cerca de la sombra—derecha de toriles—, que del sol; por cuya razón los toros, especialmente en las tardes calurosas, instintivamente han de ir a parar hacia la derecha, buscando la sombra; además, debajo de la presidencia, a pocas varas y a la derecha de los chiqueros, se sitían los mozos, los empleados, los toreros que no turnan y los mil sujetos que acostumbran embarazar el callejón, y que forzosamente, han de atraer al toro, ya con su presencia, ya con sus voces. Así es que siempre, en la corraleta de Tetuán, mientras no se modifique el emplazamiento de los toriles, los toros saldrán hacia su derecha, o sea

en el viaje contrario, llevados por la sombra y por la presencia de los aficionados poco caritativos que desde allí presencian la fiesta.

No es sólo el toro—como suponía *Dulzuras*, y como suponen todos los aficionados—, el que camina por su izquierda.

Si así fuese, los naturalistas hubieran señalado esta particularidad de la especie bovina o del toro español, y es muy posible que alguno hubiese dado con las causas de tan raro fenómeno.

No es el toro el único ser viviente inclinado a marchar en ese sentido; porque esa inclinación, esa tendencia es general a todo lo que vive y anda; incluso al hombre. (1)

De no ser así, no tropezaríamos en la calle; cada uno iría por su derecha y todos marcharíamos bien. Pero aunque los municipios coloquen bandos, avisos o carteles, indicando la ruta que debe llevarse, en las vías públicas; aunque pongan en las esquinas guardias urbanos encargados de hacer cumplir esas órdenes, lo mismo aquí, en Madrid—donde la gente tiene mucha gracia para pisar, pero no sabe ir por la calle—y como aquí, en París, en Londres, en Montevideo y en Nueva-York, siempre daremos preferencia a la iz-

(1) De este mismo asunto, pero sin referirse al toro, trató una respetable escritora. Sus afirmaciones, poco documentadas y con ese sello de encantadora frivolidad que pone a sus trabajos, discrepaban bastante de lo que aquí dejamos sentado

quierda, por la que iremos o intentaremos caminar.

Cuando salimos *a dar una vuelta*, y lo mismo nos da un camino que otro, siempre optamos por el de la izquierda. Al bajar las escaleras de una casa a la que fuimos por vez primera, si perpendicular a la escalera hay un paso con luces iguales, y cuyos extremos son la calle a la derecha y un huerto a la izquierda, sin darnos cuenta, iremos a tomar la salida de la calle por donde está la puerta del huerto. (1)

Si a esto respondieran que los atractivos, los escaparates, el sol o la sombra, etc., etc., pueden influir en determinados casos, sin que el hecho obedezca a regla general, traeré en mi apoyo otra prueba, que no deja lugar a dudas: los ciegos.

Los ciegos cuando van solos, jamás caminan llevando la derecha. Y los ciegos, no diremos que van atraídos por la luz, por la gente, por los escaparates. .

(1) Dentro de muchos edificios nos ocurre lo mismo; por la detestable distribución con que han sido construídos. Queremos ir al despacho del jefe, y, si no nos guían, nos metemos en el W. C. sin necesidad. Nos despedimos en una casa particular, y si alguien de la familia no va delante de nosotros, en vez de ir a tomar la puerta de la escalera, nos encajamos en la cocina o en la habitación de la doncella

Si la Medicina está como en tiempos de Hipócrates, la Arquitectura está como en los felices días de Adán. Una y otra cuidan demasiado de lo exterior...

Y lo que parece natural es que vayan por su derecha; porque en esta mano llevan el bastón, por el que se guían, dando en el suelo y en las paredes de las casas.

Pues, no señor; todos han de ir por su izquierda, obligando al que marcha en sentido opuesto al de ellos, a dar un quiebro con ligereza, para no darse de bruces con ellos, o para no recibir una caricia en los pies...

La Medicina explicaría este fenómeno atribuyéndolo a la inclinación del corazón, o al mayor esfuerzo que, de ordinario, encomendamos a las extremidades del lado derecho.

Nada de eso: la tal propensión es un resultado o un efecto de la gravitación universal.

Nuestro Planeta, como todos los astros del sistema solar, como el Sol mismo, giran de derecha a izquierda, de Occidente a Oriente, al revés que las manecillas del reloj, en sus movimientos de rotación y de traslación. Y, según los principios fundamentales de la mecánica—especialmente lo referente a la inercia de los cuerpos—, no es ilógica, sino perfectamente exacta, la consecuencia que deducimos para explicar el por qué de la inclinación de cuanto anda en la superficie de la Tierra, a caminar en dirección opuesta a la que lleva nuestra habitación

en el piélago inmenso del vacío.

Y el toro no ha de constituir una excepción.

Obsérvese también esta tendencia en el emplazamiento de las ciudades que se levantan a orillas de los ríos, que, casi siempre están a su izquierda. (1) Y si la población está repartida en ambas márgenes, mayor suele ser la que corresponde al lado izquierdo; pudiendo afirmarse que la parte vieja, la que recuerda el lugar de la fundación, también suele hallarse a la izquierda.

Estas mismas observaciones curiosas, podíamos llevar a los templos de la religión, a los teatros, a los cafés, a los paseos, aceras y andenes de los mismos, etc., etc.; pero no nos interesan en estos momentos.

Sigamos al toro que ha salido a la plaza.

Y ¿qué pasa, qué se observa indefectiblemente, en el toro, cuando sale a la plaza y toma esa dirección?

Puede ocurrir que camine *barbeando*, pegado al *anillo*, o que, algo distanciado de los tableros; corra paralelo a los mismos. (2)

(1) A las márgenes de los ríos se denominan izquierda o derecha según la dirección que llevan los aguas. Y las calles, como los ríos, tienen izquierda y derecha, a partir del lugar en que comienza la numeración.

(2) Ya hemos convenido en que anillo no debe llamarse al ruedo, sino al callejón, que está circunscrito por dos círculos concéntricos.

Creo que el saber torería, no está reñido con poseer nociones de Geometría.

En el primer caso, cuando corre rozando la barrera, tropieza con el primer picador que le espera en su camino. ¿No lo han observado ustedes?

En el otro caso, pasa de largo, o sale rebrincando, si el jinete le castiga.

* * *

El toro, antes de embestir, se prepara, mide —por decirlo así—, la distancia a que se encuentra aquello que le provoca, para dar la cabezada a tiempo; echa hacia delante las orejas, colocándolas a modo de anteojeras—porque la Naturaleza, que no crea porque sí los órganos, dotó a los pabellones del oído en el toro y en otras bestias, de extraordinaria movilidad; para que sin variar de postura, puedan percibir los ruidos, las voces, las pisadas que se produzcan a sus espaldas—, y se arranca de frente.

Es decir que el toro no embiste a ciegas, aunque acomete ciego, sañado y ensañado; ni a tontas y a locas, aunque nos parezca tonto, por la facilidad con que se le engaña.

El toro tiene instinto de conservación, para huir o guardarse de acometer a lo que se figura que puede dañarle; pero, como buen español, se rompe la cabeza, se destroza los cuernos, se quiebra la espina dorsal o se destronca; pierde la vida por momentos, y, terco en sus trece, prefiere morir desafiando, a entregarse desengañado de la inutilidad del loco empleo de sus brutales embestidas.

Como nosotros, el toro bravo por excelencia, el toro español, pone toda su fe, da toda su alma, y se olvida o no le importa su existencia, cuando acomete. No sabe pelear, no sabe nadar y guardar la ropa, y será arrastrado por las mulillas; como a nosotros, en una parihuela o en una espuerta, tienen que conducirnos a la Casa de Socorro o al Depósito; porque, como todo lo damos en el primer arranque, no nos quedan fuerzas para seguir peleando...

Recuerdo esta frase, atribuída a Mazzantini:

—De cuantos seres he tropezado en la vida, ninguno tan noble como el toro.

Si así no fuese; si no tuviera la condición de embestir con fe y siempre de cara, no sería lidiabile.

Todos hemos visto que se le engaña fácilmente, y que difícilmente se le desengaña.

* * *

Cuando allá en 1876 pasó a Italia el buen torero Pedro Fernández *Va demoro*, donde organizó corridas a la española, con elementos también españoles, sorprendió a aquellos hermanos de raza, la singular manera que tenían de pelear nuestros toros. Y exclamaban:

—¡Mira qué tonto!...

—¿Ves cómo sigue a las capas?...

—¡Estos toros están amaestrados!...

—¡Como que los han traído ellos mismos!...

Para convencerles de lo contrario, *Valdemoro* se comprometió a lidiar reses del país, y como no se prestaran para lidiadas, el descabro fué grande.

El público decía, convencido de que los toreadores españoles querían engañarle:

—¡Amigo! ¡Otra cosa es con guitarra!...

* * *

Hemos dicho que si el toro sale por su izquierda, tropieza con el primer picador, o que pasa de largo, sin acometer a los montados, según vaya o no pegado a los tableros.

Si pasa de refilón, no es, precisamente, porque recuerda la tiente—¡cualquiera sabe lo que recuerda, o si recuerda algo!—, sino porque no se enteró. Y si tropieza, es porque no ha visto el obstáculo que inesperadamente encuentra en su marcha.

Tan cierto es esto, que de no ser así, no procuraría el toro salir de estampía, como sale, en cuanto puede escaparse del espantoso lío en que se encuentra, desbaratando todo, romaneando con saña, yendo el caballo por alto; el picador, que también vuela y cae entre las patas del caballo y del toro, cuando no estrellado contra la barrera; la vara que se quiebra; el castoreño, que va a parar Dios sabe dónde; el sillín, que se descincha y es arrojado lejos, con los estribos moviéndose como péndulos locos... Y todo el cuadro envuelto en una nube de polvo y arena, sangre,

serrín y escremento, que impide ver lo que pasa, y acompañada la escena del atronador concertante en que el pueblo ve la cobardía o la impericia del picador, censura a gritos la inútil intervención de los monosabios, y maldice enérgico la tardía llegada de los matadores, cuando es transportado en pedazos el cuerpo del hercúleo jinete...

No parece sino que el gran Herrera presintió ese momento, cuando cantó en la lira:

*¡Y el santo de Israel abrió su mano
y los dejó y cayó en despeñadero
el carro y el caballo y caballero...!*

* * *

Pero dejemos este estrépito y observemos lo que pasa a continuación.

El espada de turno, desde bastante distancia, alegra al toro con la capa y la voz.

Si el toro acude con gran velocidad, remata el viaje; pero si embiste despacio, no; quedándose a mitad de camino.

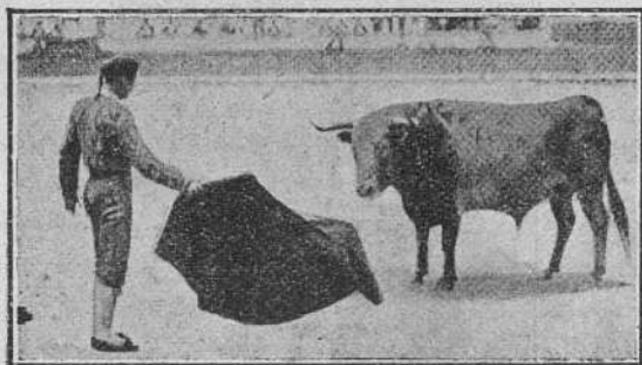
En el primer caso, la fuerza viva con que acomete, le impide pararse de pronto, y el espada completa el lance; en el otro caso, el toro se detiene; porque, habiendo perdido de vista lo que llamó su atención, no quiere exponerse a dar la cabezada sin saber dónde o sobre qué la va a dar.

* * *

Sabe el aficionado —por haberlo oído repetidas veces—, que las suertes deben cargarse al pitón contrario de la salida del torero (1). Aunque ni el aficionado, ni el torero, ni los infalibles preceptores deben saber por qué: que de haberlo sabido, lo hubiesen dicho.

Vamos a averiguarlo; sin que para nada nos importe lo de que la práctica así lo enseña o que así han ejecutado y aconsejado los maestros...

Si el toro no ve de cerca y de frente, ve de costado, aunque no tan bien como de frente y a distancia; porque en esta última postura mira



simultáneamente con ambos ojos, y en aquélla, con uno. Y cuando tiene cerca al torero, para

(1) Donde dice pitón, léase ojo. Para los tratadistas y para muchos aficionados, aficionados que a nada llaman con su nombre, los toros ven con los cuernos... ¿Qué más da? ¿Que ya se entiende? ¡Bueno! ¡Pues, adelante!

verle con un ojo, tendrá que situarse el torero fuera de la rectitud, o presentarle en un costado, hacia uno de los ojos, el engaño con que trata de burlarle.

¿Frente a qué ojo? Al contrario, al del lado opuesto al que ocupará el torero, para quedar libre del hachazo.

¿Quiére el torero quedarse o salirse por su derecha? Pues el engaño deberá tender hacia ese mismo ojo del toro; porque al hallarse frente a frente torero y toro, la izquierda de uno corresponde a la derecha del otro.



Doblará el animal su cuello hacia su derecha—o izquierda del torero—, y éste quedará a salvo de la cabezada que dé el toro.

Por esta razón, por esa vista lateral del toro, sólo en el momento en que entra en jurisdicción, se le señala la salida, la desviación necesaria de su ruta; para que no atropelle al lidiador; quién en las suertes que se ejecutan parando, permanecerá en la posición primitiva, jugando únicamente el engaño, y en las suertes que ejecuta andando él, procurará no salirse de la rectitud, ni antes ni después de lo conveniente; para que el toro se fije en el cuerpo o en la capa, según los casos, únicamente cuando no le queda tierra para revolverse, y pueda salir aquél con relativo desahogo.

Eso es lo que se llama no adelantarse ni retrasarse en la ejecución.

* * *

Donde mejor puede apreciarse cuanto respecto a la vista del toro vengo indicando, es en el cambio de rodillas que se ejecuta en el primer tercio y a poco de salir el toro; cuando conserva ligereza y es revoltoso y de los que se ciñen. Por la colocación de las figuras, por la mucha velocidad con que el toro acude al llamamiento, y por la oportuna salida que el torero le da, midiendo con matemática precisión la distancia a que hace el cite, la carrera del toro y el instante en que debe desviar y mandarle a su terreno, que es el de fuera.

* * *

Como natural consecuencia de lo dicho, el capote, al terminar los quites y cuantos lances con él se efectúan, debe quedar a un costado del torero, y éste, en la rectitud, o frente al toro, si no



quiere correr peligro; porque el toro se distraerá con el capote—que lo verá con uno de los ojos—y nunca deberá echarse atrás, porque, si los peones no estuvieran convenientemente coloca-



dos a distancia, para entretener al toro, éste acudiría al ruido, y el espada se vería obligado a salir corriendo, desluciendo el remate.

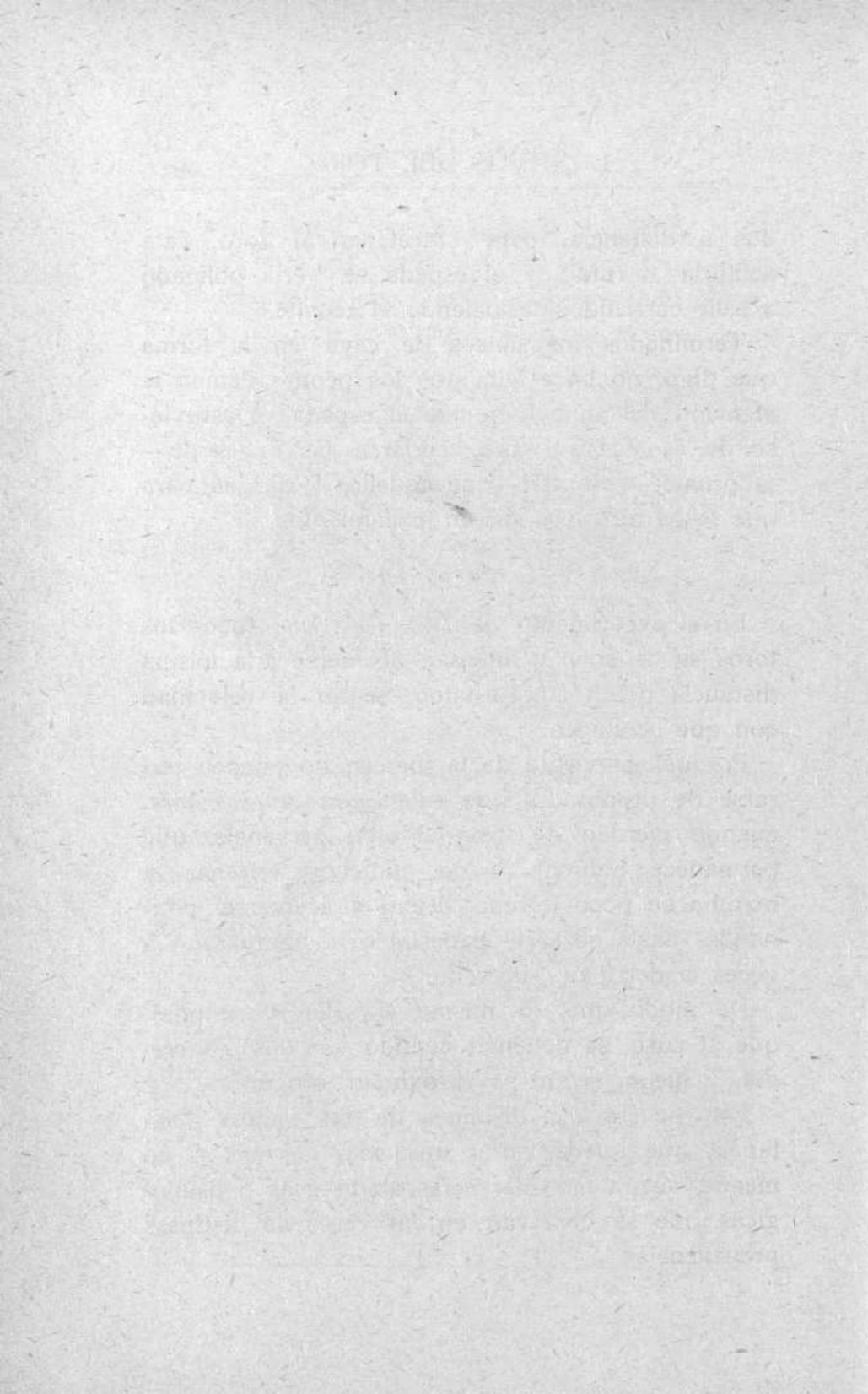
Terminados los lances de capa en la forma que digo, no hace falta que los peones llamen la atención del animal; ni que el espada, si estuviese de espaldas al toro, aguarde las voces de— ¡adórnate!— ¡estírate!— que aquellos le dirigen para que salga airoso y sin atropellamientos.

En el experimento de *Don Tancredo*, todos los toros se detienen o intentan detenerse a la misma distancia del hombre estatua; según la velocidad con que acometen.

Porque, en virtud de la inercia, no pueden pararse de pronto los que salen con *muchos pies*, cuando pierden de vista al albo personaje, que permanece inmóvil; y no pudiendo refrenar la marcha en poco terreno, llegan a acercarse, patinando, hasta rozar el pedestal o la figura, que a veces la derriban, sin verla.

De modo que, lo mismo si salen corretones, que al paso, se detienen cuando ven dos *Tancredos*, y luego, según se aproximan, ninguno.

Esto ocurre a la distancia de tres metros. Distancia que puede variar un poco, en más o en menos, según las diferencias anatómicas o fisiológicas que se observan en las reses de distintas procedencias.



El toro en el segundo tercio

SUMARIO

Cómo da el toro la cabezada.—Algo sobre el quiebro.—De qué nacieron las exageradas definiciones sobre el quiebro. ¡Lástima de cinematógrafos!—Toros que se quedan en el centro de la suerte.—Lo acertado que anduvo el Dr. Rovirosa al dejar espada y muleta, y hacerse oculista.—El cambio y el quiebro.—Los cites desde cerca y desde lejos.—A qué se deben principalmente las salidas en falso.— ¿Cambia el toro de condiciones durante la lidia?

El toro en el segundo tercio

En ningún tercio, como en el de banderillas— especialmente en las llamadas al quiebro—, se observa la particularidad que vengo señalando respecto a la vista del toro. Más aún que en el cambio de rodillas, que se ejecuta en el primer tercio y cuando el toro se presenta con muchos pies.

Después de jugar el espada (1) con el toro, demostrando unas veces su gallardía y siempre la ligereza con que le trae y le lleva, valiéndose de la voz, de las pisadas, de los saltos, del ruido apenas perceptible de los cabos del traje, y de los regates y piruetas, que al toro impacientan—como lo demuestra con sus resoplidos de rabia—, párase, cita en derecha y aléjase o acércase, hasta que, fija en él la vista del toro, le espera; seguro

(1) Esta suerte de lucimiento, ha quedado monopolizada por los espadas; que no consienten a los banderilleros entretenerse en tales alardes, obligándoles a cumplir su cometido lo más pronto y lo mejor posible, allí donde se halle el toro.

de haber despertado su atención y provocado su fiereza.

Y ¿qué hace el toro cuando quiere herir?

Humillar, indiscutiblemente, al dar la cabezada.

Pues, si humilla, si agacha la cabeza, ¿cómo puede enterarse de la inclinación que imprime al cuerpo, de cintura arriba, el torero?

Digo de cintura arriba, porque así pretenden que se ejecute la suerte los definidores; quienes por ignorar todo, ignoran hasta los estados de equilibrio, las bases de sustentación y centro de gravedad de los cuerpos.

El que inclina a un costado la parte superior del cuerpo, forzosamente habrá de inclinar al lado opuesto la mitad inferior, para no salirse de la base de sustentación y caerse. De manera que quien al quebrar, teniendo los pies juntos y quietos, inclina el busto hacia su derecha, por ejemplo, tiene que hacer un movimiento de piernas hacia el izquierdo.

Según eso, ¿con qué engaña y da salida al toro? ¿Con las caderas?..

Yo no he alcanzado a ver al *Gordito*, del que dicen que quebraba teniendo los pies juntos durante la ejecución; atados unas veces, y metidos en un sombrero otras.

Quizá su organización física—distinta a la del resto de los mortales—, le permitiera hacer lo que a nadie le es posible. Pero, dudo mucho de la veracidad de tal afirmación; a no ser que los toros

de entonces dieran las cabezadas de arriba a abajo al revés de los de ahora que hieren en el medio cuerpo inferior y en dirección de abajo a arriba...

Pero, no; herían como los de hoy, de abajo a arriba. Quien lo dude, lea esto que entresaco de la «Tauromaquia» de *Pepello*:

«Es general en todos los toros, cuando usan de la acción ofensiva, que partan precipitados a coger el objeto que se les presenta; y como que las armas que esgrimen las llevan en la cabeza, cuando quieren ofender, la humillan, tirando una cabezada; la que repiten si se quedan con el objeto.

Esto lo hacen todos, y lo harán siempre, por ser cualidad natural de que no pueden prescindir...»

Ya ven, pues, cómo es materialmente imposible que el toro se entere del movimiento, de la inclinación o ladeamiento que se imprime al cuerpo de cintura para arriba, cuando da la cabezada.

Dice, también el mismo autor, que el principio elemental, el constitutivo esencial de toda suerte, con el que se forman todas las que se conocen, estriba en burlarlos, reduciéndoles al objeto que persiguen, y luego que lleguen, quitárselo de delante.

Si en aquellos tiempos se hubiera conocido el cinematógrafo, que copia todos los movimientos y

la sucesión de los mismos; si los aficionados de entonces, sorprendidos por la novedad que introdujo *Gordito*, no hubieran seguido con la vista al toro—sin fijarse en lo que hacía el torero, como sucede siempre que el toro acomete precipitado—fácil me sería demostrar el error en que estaban



aquellos definidores, cuya ignorancia corría parejas con su terquedad. Pero, ¡ay!...

Lo que aconsejo al que intente ejecutar esa

suerte, es que, llegado el momento preciso, marque con sus piernas la salida al toro, y recobre acto seguido la posición que tenía al citar, si no quiere que los toros le lleven por delante; y que no haga caso de los tratadistas, ni de los aficionados rutinarios y apasionados que, en esto como en otras muchas cosas yerran, más por falta de conocimientos, que por falta de buena voluntad.

¿Que el quiebro así ejecutado es imperfecto?

Lo será para ellos, no para el que conoce la mecánica y sus aplicaciones.

Si acomete el toro con fuerza, si és claro y bo-yante, rematará la suerte; si acomete despacio, se detendrá al perder de vista al que le llamaba— como en el experimento de *Don Tancredo*—, y el torero tendrá que dar una o más carrerillas hacia atrás, para que el toro le vea bien y se lance en su persecución.

Conviene advertir que, los que definen esta suerte, suelen decir que debe inclinarse a un lado el busto y los brazos...

Las brazos y las banderillas—que en este caso son como prolongación de aquéllos—, no constituyen engaño para el toro; por el poco cuerpo que ofrecen, y porque, como antes he dicho, al derrotar el toro y en el momento preciso, ni los ve ni los puede ver. (1).

* * *

(1) La ceguera de algunos aficionados ha llegado hasta el punto de jurar que han visto a un espada de nues-

Una vez aquí, y para que nadie designe a las cosas con nombres que no les pertenecen, diremos que *cambio* no es *quiebro*, ni sinónimo de quiebro; que el cambio se ejecuta con la capa o con la muleta, haciendo tomar al toro una salida distinta de la que primeramente se le marcó; siendo la ruta del toro un zig-zag; y que en el quiebro, la ruta equivale a un ángulo obtuso; porque sólo se le señala una salida, la verdadera, la que el toro tomará, si acude bien y con franqueza.

Si las banderillas pudieran servir de engaño, con ellas se podría dar al toro una salida falsa, y, a continuación, la verdadera; pero no es posible ese cambio en la dirección que lleva el toro, hecho con banderillas.

Los quiebrós se ejecutan a cuerpo limpio o banderilleando; que para el caso es lo mismo; y el cambio, con la capa y con la muleta, y de pie o de rodillas.

* * *

tros días, dar *pases* a un toro, valiéndose de banderillas, en la plaza de Madrid

No hubo tales pases, sino unos regates, en los que sacaba por alto las banderillas, a modo de muleta.

Y así como el aludido espada haría muy bien en formar *troupe* con *Llapisera*, los aficionados que miran y no ven, debieran darse una vueltecita por casa del ex-torero que se hizo oculista. ¡Qué acertado anduvo al cambiar de profesión, comprendiendo que sólo con los aficionados había más que suficiente parroquia para vivir!..

En un semanario barcelonés, que se decía tau-rino, se dijo que el cambio y el quiebro eran una misma cosa; algo así como un perro con diferen-tes collares...

Y no fué eso lo más gracioso; sino que, por el parecido que mi nombre tiene con el seudónimo escogido por el articulista que tal herejía lanzó, unos sevillanos, según ellos aficionados y asiduos lectores míos—¡Dios se lo premie!—me atribuye-ron la paternidad del artículo.

Me sorprendió la cartita de los aludidos caba-lleros, cuya afición respeto y cuyo gusto literario alabo...

Sospeché que se trataba de alguna guasita, pro-pia de los hijos de la bendita tierra de María Santísima, que siempre están dispuestos a tomar a chacota—¡y hacen bien!—los más intrincados pro-blemas de la existencia.

Pero no era así. El artículo a que hacían refe-rencia, se publicó en el semanario de la capital del Principado que ellos indicaban. Y la afirma-ción, tan categórica como disparatada, allí está, lanzada con toda la osadía del ignorante que, sin otros estímulos, ni más fundamento que sus de-seos de escribir de toros, se dedica a emborronar cuartillas con barbaridades de tomo y lomo.

¡Qué se va hacer! ¡Hay tantos, tantos que se dedican a lo mismo! ¡Tantos que sientan plaza de críticos en los principales diarios y publicaciones profesionales, que no sólo desconocen el abecé,

que está a la altura de todas las inteligencias, sino que desconocen en absoluto cuanto se refiere a una mediana cultura, siquiera esté prendida con alfileres, como la mía!...

Si aquellos sevillanos, que confesaban ser aficionados y asiduos lectores míos, lo fuesen de veras, no me hubieran achacado el muerto.

En las páginas 276 y siguientes del *Diccionario Taurino* que publicaba el semanario madrileño *Arte Taurino* escribí lo que con respecto al cambio allí está publicado, y allí remito al lector, más o menos sevillano, más o menos asiduo y entusiasta lector mío.

* * *

Unicamente, por lo que respecta a la ejecución, añadiré que en el cambio, el centro de la suerte está delante del pecho del torero, y que en el quiebro, el lidiador marca la salida al toro cuando va a entrar en jurisdicción. Que en el quiebro, la suerte se ejecuta por el mismo lado que se carga, y en el cambio, no.

Conste, también, ya que viene a pelo, que el buen escritor *Dulzuras* confundió alguna vez ambos vocablos; llamando indistintamente cambio o quiebro a lo que era y no podía ser otra cosa que quiebro. Pero que, cayendo del error, merced a las advertencias de un docto amigo, confesó públicamente su equivocación o ignorancia.

* * *

—De modo, dirá el lector, que ¿no hay cambio en banderillas?

En banderillas, sí; con las banderillas, no.

Hay cambio en banderillas, cuando se verifica la suerte de dentro a fuera; o lo que es lo mismo, *cambiando* los terrenos, y hay cambio en banderillas, cuando el torero inicia el cuarteo por un lado, y de pronto sigue el viaje por el otro. A esta manera de ejecutar se llama *cambiar el viaje*.

En cualquiera de esas dos formas, el torero es el que camina hacia el toro; mientras que en el quiebro, espera a pie firme la acometida.

¿Está claro? Pues, bien; en el quiebro, como hemos dicho, si el toro acomete rápido, no se detendrá en su carrera, y la rematará, como así conviene al torero. Porque cuando empieza a perder de vista al torero—que es precisamente cuando entra en jurisdicción—, el torero se sale de la rectitud, y con su desviación momentánea, obliga al toro a tomar otra ruta, o mejor dicho, a *quebrar* la que traía. De aquí el nombre de la suerte.

Y si no lo hace así, el toro se encargará de arrollarle; que es, precisamente, lo que se atribuye a *Lagartijo*:

¿Que el toro va hacia tí? Pues, tú, te quitas.

¿Que no te quitas tú? ¡Te quita el toro...!

Pero si el toro no se arranca veloz, puede detenerse fácilmente, delante del torero, con peligro

evidente del mismo; como se detiene casi siempre, o siempre, en estos casos.

El torero, viendo que el toro no acomete con franqueza, con la rapidez necesaria para la completa y lucida ejecución del quiebro, espera mucho, espera a que el toro se le acerque; o se le aproxime, instándole a acometer. Es decir, el torero no se sale de la línea recta, mientras el toro no descomponga el cuadro—ya girando sobre sí mismo, ya moviéndose en cualquier sentido—, porque quiera irse en pos de algo que le llama más poderosamente la atención.

Y no tomará la carrera a la que se le incita— a no ser engañado por la voz o por otro accidente cualquiera —, mientras se le llame de cerca. Si la toma, será con desproporción. En estos casos, lo mejor es desistir del quiebro, o cambiar de procedimiento, clavando los palos de frente o al cuarteo.

Téngase en cuenta que las suertes en las que el torero aguarda a pie firme al toro, no resultan de efecto cuando se practican a corta distancia.

Gusta más—y la vista del espectador se fija alternativamente en el toro y en el torero—, cuando, a distancia conveniente, el hombre le llama con la voz, le provoca con los saltos y movimientos que imprime al cuerpo, o con la montera, que le arroja a los pies.

El toro se encampana, mira, resopla, amenaza: insiste el hombre en su temerario cite, sin temor

al parecer, a contratiempo alguno. El toro no se decide a embestir, sorprendido por el atrevimiento, por la terquedad del muñeco que se le pone delante, y cuando lo hace, es para castigar al que pretendió burlarse de su bravura y poder...

Entonces, la vista del espectador se aparta del torero, y sigue al toro, por la atracción que el peligro ejerce en nosotros; no vemos lo que el torero hace, y cuando a él volvemos la mirada, ya el toro, impulsado por la fuerza viva con que acometió, se aleja del centro de la suerte.

Si el torero ejecutó a tiempo los movimientos para desviar al toro, y logró escapar sin daño, se le aplaude, aunque a renglón seguido, las palmas se truequen en silbidos o en protestas, porque los palos quedaron colgados en mal sitio, o porque cayeron en la arena...

La ejecución de las suertes debe aplaudirse siempre que estén bien hechas, aunque el resultado no corresponda a los deseos manifestados por el artista.

* * *

Se ha dicho que las salidas en falso, tan frecuentes en el segundo tercio, se deben a la poca decisión del banderillero para llegar a la cara del toro, o a un desconocimiento grande de la suerte.

No niego que esas razones influyan en las pasadas que tanto perjudican a las reses; pero conviene advertir que se deben principalmente a la

mala disposición de las figuras, con respecto a la distancia a que se hacen los cites.

Supongamos que el banderillero inicia el cuarteo desde largo; en este caso, como el toro, por muy noble que sea, ve con anticipación el viaje del torero, no sufre destronque, y parte a buscarle; teniendo que salir el torero huyendo, o en falso, porque el toro se tapaná y se defenderá instintivamente.

Si el cite se hace desde muy én corto, el toro, que siente, pero que no ve al banderillero, permanece parado, y no siendo fácil hacerle humillar—momento que se aprovecha para clavar—, el diestro tendrá que salir en falso.

Pero si en estas condiciones se arranca, podrá rematar bien la suerte el torero, por la poca tierra que le queda para revolverse al toro, persiguiendo, cortando el paso al torero.

Decía Pascual Millán:

«El banderillero sale corriendo como al que persiguen; no con la seguridad del que va a cosa hecha, y al llegar a jurisdicción solo *tira* a clavar los palos donde buena-mente pueda, sacando incólume el *individuo*. No cuadra casi nunca, y en vez de levantar los codos, dejando caer los palos con artística finura, los mete burdamente, a tenazón, para que no se desprendan, o los

dispara azorado, saliendo de la cabeza con una limpieza semejante al agua de fregar.

Y como no cuadra en la cabeza, como alarga los brazos al encontrarse con el toro y rematar esa inmensa curva que engendró al arrancarse, la mano contraria al lado de salida no puede oprimir con firmeza porque viene *desequilibrada*, y no enganchando bien el anzuelo de la banderilla el toro la desprende con facilidad, *originándose* esos medios pares, que son algo así como el marchamo de la suerte mal hecha.

Esto es lo menos malo, lo que aplauden muchos y no silba nadie; porque si el toro, por instinto, por lógica consecuencia de toda la lidia, corta el tremendo viaje del banderillero, entonces vienen esas salidas falsas, esas carreritas bufas, esas huídas colmo de la mala faena.

Todo por carecer de agallas y no saber el oficio; pues a tener aquéllas y conocer algo de éste, no vendrían esas nauseabundas escenas producidas en el segundo tercio con los toros que cortan terreno. El banderillero les saldría derecho a la

cara, observando el terreno que el toro se inclinaba a pisar; y con esto, y luego de llegar bien cerca de él, hacer muy rápido el medio círculo del cuarteo buscando la salida por el lado opuesto al que el toro se inclinaba, ya se había orillado el conflicto.

Y se hace precisamente lo contrario; en vez de salir de frente, se exagera el cuarteo; en vez de estrecharse con el toro, se le toma a distancia y a la postre se aburre al espectador, convirtiendo una suerte gallarda, artística y graciosa, en una insoportable y nauseabunda pantomima.»

De todo lo cual se deduce que, para las suer-



tes en banderillas andando el torero, debe éste citar a bastante distancia, para ser visto, salir en viaje directo hacia el toro, hasta entrar en jurisdicción, y cuando medie entre torero y toro poco terreno para cuarteo, iniciar entonces la desviación en el viaje, clavar y salir.

¿Que ve el torero dificultades para entrar al cuarteo? Pues, ¡a la media vuelta! Todo antes de hacer pasadas; que ni al torero convienen—por lo que el toro puede aprender,—ni a éste tampoco, por el quebranto que siente y por lo descompuesto que llega a manos del espada.

¿Debe salirse de la suerte con pies? Sí, porque, si el toro conserva poder en las patas, puede revolvase con facilidad, rehacerse y perseguir al banderillero; quien, como estará entonces a grande distancia, será visto perfectamente por el toro. Si estuviera cerca y no lo pudiese ver, le sentiría y se arrancaría probablemente tras él.

* * *

Dicen que los toros cambian de condiciones a cada momento, en el transcurso de la lidia.

Algo hay de cierto, y aun más de algo. Pero más cierto es que las dificultades están, la mayoría de las veces, de parte del lidiador, más que del toro; por la razón de que a menudo y en el mismo toro, vemos que un diestro ejecuta con holgura y seguridad, suertes que otro,—acaso más valeroso, pero de menos inteligencia,—no pudo llevarlas a buen término.

Las culpas no son, pues, del toro, que no tiene ninguna, sino del que desconoce las reglas y el oportuno empleo que de ellas debe hacer.

He dicho que si las banderillas pudieran servir de engaño, con ellas se podría dar al toro una salida...

¿Por qué, pues, no se sirven de ellas los banderilleros, cuando se ven comprometidos?...

Los defensores de tales tonterías, los que aseguran haber visto a *Larita* dar pases con las banderillas, ¿por qué no chillan ahora, enseñando a los banderilleros cómo, con los palos en la mano, no deben ejecutar salidas en falso?

¡Ah, los aficionados siempre hablan cuando se trata de toreros, y se callan cuando se habla del toro!

¿Aficionados? ¿A qué?...

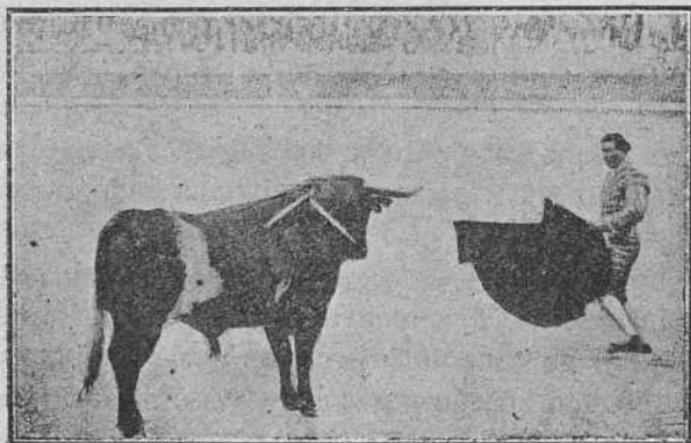
El toro en el último tercio

SUMARIO

El toro espera al matador.—Cómo va el matador al toro, y cómo debiera ir.—Torear adornado y torear con adorno.—El artista ante el público.—Lo que influyen en la estética de las suertes la preparación y el remate.—Fuentes y *Quinito*.—El toro, siendo bravo, recula.—Toros que humillan al acercárseles el espada.—Cómo se disponía la muleta para engañar al toro.—El trasteo de cerca no castiga lo bastante.—El peligro disminuye de cerca.—Distracciones del toro en la hora de la muerte.—Por qué se baja la muleta al estoquear.—A qué ojo debe dirigirse el pico de la muleta.—Error en que incurrió D. José Cortés.—El diablo metido a predicador.

El toro en el último tercio

Tanta es la seguridad, tal es la confianza que en sí mismo tiene el toro bravo—como ya hemos hecho observar en los anteriores capítulos,—que, cuando después de brindar o de armarse de espada y muleta, se dirige a él el matador, tranquilo al parecer, ceremonioso, poseído de su papel y seguro de la atención general, llevando en la izquierda los trastos, o recogida la muleta en la mano izquierda y moviendo el estoque en la otra, a manera de péndulo, el toro le



mira, no sabemos si con estupefacción o con curiosidad, y le espera.

El toro es el único que sabe *ver llegar*.

Hoy, los matadores, como novilleros rabiosos o nerviosos, van corriendo en busca del toro, en cuanto tocan a matar, llevando la muleta preparada sobre la derecha, o más generalmente, como se arma para los pases llamados ayudados.

Nada más antiestético, ni menos varonil.

* * *

En el de los toros, como en toda clase de espectáculos, sean del género que sean, hace falta un maestro de ceremonias que enseñe cómo la mayor parte del buen éxito está, no en lo que se ejecuta, sino en la manera de comenzar unas y de rematar otras de las distintas y variadas suertes de la lidia de reses bravas.

No me negarán los partidarios del toreo seco, que una cosa es torear con adorno, como hacía *Gallito*, y otra muy distinta, torear adornado, como torea su hermano Rafael; y que lo que está bien hecho, conforme a las reglas, resultará mejor cuando va acompañado o aderezado de cierta salsa...

Loroso esroso, porque no está en su punto; y un adorno, una monería, un alarde de tranquilidad o de bravura intercalado a tiempo, gusta y se aplaude hasta por los mayores partidarios o más intransigentes del *toreo verdad*.

Así como antes del drama o de la tragedia, *sirven* en el teatro una sinfonía, y en los entreactos, diversas piezas musicales; así como en las funciones religiosas, cuando son de gran solemnidad, el órgano, sólo o acompañado de la capilla, interpreta una introducción y otros números en el transcurso; así como el orador apela al exordio, antes de entrar en materia, y el escritor procura con elegantes figuras, con símiles acertados y con amenidad, despertar el interés, y el sacamuelas callejero agita una campanilla o llama la atención del que pasa, con juegos de mano; así también, a la lidia debe preceder y acompañar a ratos la música. Como la gracia en los movimientos, en el traje y en el gesto,—siempre que sea digna,—será indispensable complemento del artista que trabaja ante un público numeroso, que, ávido de presenciar arrogancias y conocimiento de la lidia, no pasará por movimiento mal hecho, o por afectaciones ridículas.

Pero, después de la tragedia, muchas compañías bien administradas o bien regidas, ponen en escena un juguete cómico; las funciones religiosas acaban con un himno, marcha o coro; el orador concluye su discurso valiéndose de los recursos múltiples que su imaginación, sus conocimientos y su riqueza de palabra le consienten; el escritor procura finales en correspondencia con el asunto que trata, y el sacamuelas hace lo que puede por *quedar bien*, para que el público no le

vuelva las espaldas en sus nuevas presentaciones.

Es decir, que el asunto, el tema, lo sustancioso de un trabajo ejecutado ante el público o para el público, por muchas emociones que despierte, debe comenzar bien y acabar mejor que empezó, si cabe; para que la impresión final no eche por tierra el conjunto.

Lo mismo digo del torero, cuando está en el ejercicio de los papeles que le están encomendados.

Hay quien desde su presentación en el paseo de cuadrillas, sugiestiona vivamente, asegurando desde aquel momento el favor del público, pronto a dispensarle su cariño y a dispensarle con benevolencia los desaciertos que pudiera tener. *Lagartijo*, Angel Pastor, Fuentes...

Del primero se decía que estaba oyendo palmas desde el momento en que se ponía a vestir; de Angel Pastor, aún recordarán los franceses el buen gusto en el vestir, la esbeltez de su cuerpo y la elegancia de sus movimientos, (1) y de Antonio Fuentes, sabido es aquello de que podía dar por bien empleado el dinero de la entrada el que le había visto hacer el paseo...

Pero otros, poco afortunados o poco favoreci-

(1) No ha habido torero que se vistiera de luces con tanta elegancia ni gusto tan fino. En París llamaron la atención sus trajes de torear... *Angel Pastor* por «*El Bachiller González de Rivera*.»

dos físicamente, incapaces de inspirar el placer estético que a todo trance deben procurar, o que, por especiales condiciones de temperamento o de raza, se niegan a dar esas impresiones, son, aunque buenos artistas para el inteligente, pésimos, fríos, incompletos para el público que los ve actuar.

Y... ¡no le den ustedes vueltas! El artista tiene que agradar al público; no basta conque los inteligentes le aplaudan; porque con inteligentes, ningún empresario ha llenado jamás la plaza, como no se llena el teatro.

Muchas empresas contratan en magníficas condiciones a toreros que no son de su particular devoción; porque saben que gustan a la masa general; y que con ella tienen que contar antes, en, después y siempre, si quieren mirar por la buena marcha del negocio.

Esto quiere decir que, si es necesario que el torero divierta, entretenga o emocione, que no aburra ni canse al espectador, también es indispensable que ponga algo de su parte al iniciar unas suertes—como las de banderillas al quiebro, por ejemplo,—para que ganen en el análisis estético, y en otras, al rematarlas; como sucede con las suertes que se ejecutan con la capa.

Un quite bien hecho, con valentía y con arte, no se aplaude tanto como si el mismo quite se corona con el adecuado remate. Y hay ocasiones en que por falta de remate o por salir huyendo o

de mala manera, se echa a rodar todo lo bien ejecutado anteriormente. Como no se aplaude la orador cuando esperando a que haga punto, el punto nunca llega, o es sustituido por una coma, siguiendo la perorata; o cuando el final no corresponde al asunto bellamente desarrollado.

Algo parecido se observa en el teatro. Gusta un trozo musical o una escena, que aplaudiríamos de buena gana; pero, como a lo mejor no remata y sigue, el espectador se abstiene de aplaudir, para no interrumpir el pasaje, o por no perder el hilo de la acción.

Yo he visto a Ricardo Torres *Bombita*, ponerse a torear a la verónica y no poder dar más que una o dos seguidas, porque el toro, más manso que bravo, se le iba. No obstante,—sin que esto quiera decir que en *Bombita II* hubiese las arrogancias o las gentilezas de su paisano Antonio Fuentes—, en vez de correr desesperado tras el toro, como hacen casi todos, recogía la capa con su habitual donaire, rematando sin toro delante, y el público rompía en aplausos. ¿Qué aplaudía? El remate, que, aunque sin enemigo, carecía de mérito, resultaba artístico.

Un par al quiebro, ejecutado por Antonio Fuentes, siempre gustaba más que otro igual de *Quinito*. El público—no el inteligente—, discutiría acaso sobre el mérito de los dos pares; pero a todos, sin excepción, gustaba extraordinariamente más el de Fuentes, y se aplaudía mucho más.

El par de Fuentes, *llenaba*; el de *Quinito*, aun estando soberanamente ejecutado, carecía del sabor torero que en todo lo que hacía ponía Fuentes.

En estas suertes se aplaude la preparación, y a veces no importa que los palos queden bien o mal puestos, o que queden sin clavar.

En unas suertes el adorno, la preparación; en otras el remate, y en muchas como en los pases de muleta,—ambas cosas, deben ser imprescindibles, si se quiere dar sensación de arte, y siempre deben ejecutarse sin afectación, con gracia varonil.

Pero, volvamos al toro.

El toro—decía—, aguarda al espada, que se le aproxima armado de estoque y muleta.

Si el torero, confiado en su pericia o en su valor, se acerca mucho al toro, se observa que éste recula uno, dos o más pasos.

¿Que eso lo hacen los mansos? ¿Que eso se observa únicamente en los agotados, en los desengañados, en los temerosos?

No; lo hacen también los bravos; sólo que los mansos reculan o vuelven las espaldas, para huir; pero los bravos, los que pelearon bien en el tercio de varas, los que pasaron en buenas condiciones a banderillas, reculan cuando pierden de vista al espada, por acercárseles muchísimo, y

buscan el punto próximo de la visión, donde se detienen y desde donde se arrancan.

Muchos espectadores, al ver el retroceso del toro, se figuran que ha perdido bravura, y exclaman:

—¡Adiós! ¡Se le acabó el gas...!

—¡Qué lástima de toro!...

Pero no bien han acabado de decirlo, cuando el toro se arranca con furia tras el engaño rojo que el espada le presenta. Es decir, que el toro sigue con la misma bravura que demostró desde su salida al ruedo.

Otros, cuando el matador se les aproxima, humillan, y también hacen sospechar que han per-



dido sus condiciones de toro bravo. Y algunos, elevan la cabeza, adelantando el hocico. (Perdie-

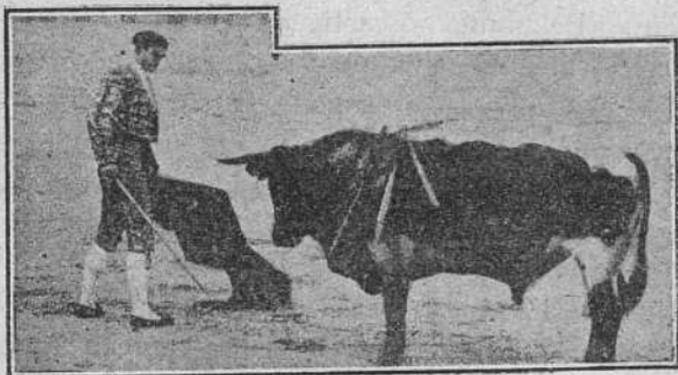
ron de vista al matador, como se probará en la tercera parte de este libro.)

En los pases de muleta, por lo agotado que el toro llega al tercio final, es cuando mejor se aprecia la particularidad que tiene de no ver de cerca y de frente; y esto es lo que a muchos hizo afirmar que el exceso de castigo en varas, se reflejaba en la pérdida de la vista.

Son más lentos los movimientos, y por lo tanto más visible es esa particularidad, que no cuando en toda su fuerza se presenta acudiendo con presteza a cuanto se mueve a su alrededor.

Si el engaño se acerca al ojo contrario; si el espada se sitúa en la rectitud del toro y a la distancia conveniente, claro está que el toro no se arrancará sobre el torero, a quien no ve, sino que irá tras el engaño que ve con uno de los ojos; con aquel de cuyo lado está la muleta.

Cuando, por el contrario, el espada se descon-
fia—con razón o sin motivo para ello—, o cuan-



do desconoce el verdadero empleo que debe hacer del trapo rojo, que lo pone frente al toro—colocándose él a un costado—, la arrancada será para el hombre, no para la muleta.

Entonces, todos, público y toreros, dan en decir que el toro es de sentido, que es criminal o marrajo, que va al bulto, y que hay que tumbarle, sea como sea...

Sin embargo, el toro acude donde debe acudir, en pos de aquello que ve.

* * *

Los pases de muleta, como las banderillas al cuarteo, si se dan desde cerca, dejan al toro sin terreno bastante para revolverse, y aunque el torero tenga menos exposición, no castigan; porque no se da tiempo y espacio al toro para tomar el viaje con la cantidad de movimiento, con la fuerza o pujanza con que debe acometer, para que el destronque sea eficaz.

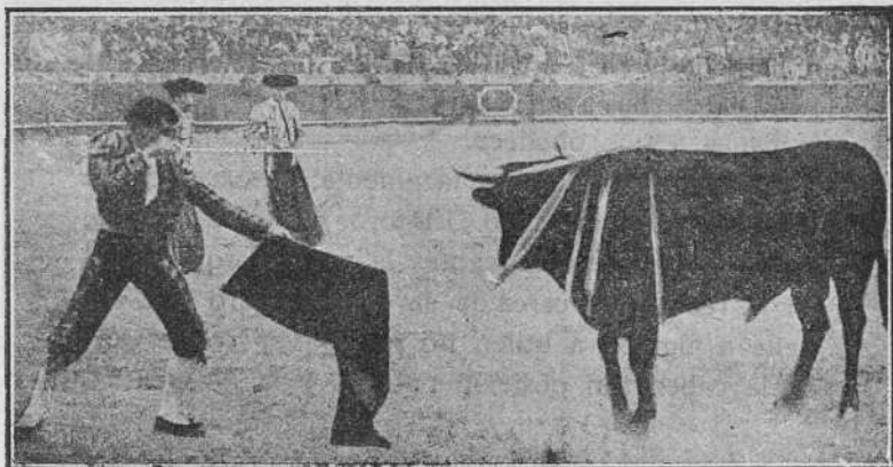
Por esta razón, se ha dicho muy acertadamente, que Belmonte no castigaba con la muleta, por lo excesivamente cerca que se colocaba de los toros.

No siendo visto el espada, y siendo menor la fuerza que desarrolla el toro, en sus movimientos tras el engaño, se comprende que el peligro sea menor que cuando ambos elementos se sitúan con relativa separación.

Una bala máuser causa menos destrozo en el obstáculo que encuentra al salir, que en lo que

tropieza a cierta distancia; un empujón, un golpe, administrados de cerca, no deben causar el daño que cuando se propinan lanzándose a³ todo correr.

Cuando el espada cree convenientemente ahormar la cabeza del toro, corregidos los resabios que tenía y en disposición de poder entrar a estoquearlo, como la muleta no la pondrá a un lado, sino en medio de los dos ojos y cerca de ellos, puede ocurrir que el animal, distrayendo la vista en objetos o personas que están a mayor distancia, no haga caso de la muleta que el espada le presenta liada.



El espada se desespera; llama de mil modos la atención del toro, acaso inútilmente, porque permanece con la cabeza alta, como un caballo, cie-

go al parecer, o atontado; pero mirando a algo que por su color o por su movimiento, le roba la atención desde lejos.

Si el espada se da cuenta de lo que pasa al toro, ordena que quiten o que se retire la causa de la distracción, o manda que un peón cambie al toro de tercio, corriéndolo a otro lugar de la plaza, tal vez menos conveniente.

Pero en su inmensa mayoría, los toros, en el momento en que el matador se *reune* para estoquearlos, echan la cara por el suelo.

El espada levanta la muleta, y aunque el toro, obedeciendo este movimiento, levanta también la cabeza, la deja caer enseguida; habiendo ocasiones en que ésto se repite muchísimas veces.

Espectadores y diestros ríen la escena, que parece ensayada; mas a ninguno le ocurre indagar la causa a que obedece.

La razón se adivina fácilmente, después de lo que llevamos indicado. El toro no ve al torero, ni ve la muleta como antes la veía, porque están en la rectitud y cerca de él. Sabe el toro que allí tiene a alguien a quien no puede ver conservando la cabeza en posición natural, y la deja caer...

También aconsejan los tratados tauromáquicos, sin especificar el por qué, que la muleta debe bajarse todo lo posible, en el instante de estoquear.

Dicen que para que el toro *descubra*, y está bien dicho; pero no satisface la explicación.

El toro descubre o humilla, siempre que quiere dar cornadas, y aunque no haya muleta en su hocico, descubrirá para hincar sus defensas; como lo hace en las suertes que se realizan a cuerpo limpio.

Se debe bajar la muleta para que el toro la vea bien, y se la dirige al ojo izquierdo, para que al tiempo de dar la cabezada, doble el cuello hacia el mismo lado; dejando limpio de estorbos —del estorbo de los cuernos—, el camino que el matador debe seguir al salir de la suerte.

En cierto tratado de tauromaquia—acaso el más curioso que conozco—, se dice que el extremo de la muleta debe dirigirse al ojo derecho del toro; para que el cuerno derecho, el cuerno del verdadero peligro, se desvíe lo necesario del cuerpo del matador!...

Si los ojos del toro estuvieran en la frente y en un plano, quizás fuera admisible tal afirmación; pero, como se ha dicho que el engaño debe aplicarse al ojo contrario al del lugar por donde va a salir el torero, no me explico que quien demostró en su librito ser un buen observador; quien se nombró a sí mismo maestro técnico y práctico, olvide, al tratar la más peligrosa de las suertes del torero, lo que él y todos repiten has-

ta la saciedad; cual debe ser el lado a que se carguen las suertes; el contrario, que aquí es el ojo izquierdo.

¿No he dicho que estando el torero cerca del toro, tiende el engaño a un costado, por donde, en virtud de la vista lateral, ve el toro? Pues si la muleta se dirige al ojo derecho, y luego se la pasa al izquierdo, para marcar el indispensable quiebro, el ojo derecho habrá perdido de vista la muleta, y el toro no doblará el cuello, o doblará tarde, no dejando pasar al estoqueador.

Eso, suponiendo que no doble hacia su lado derecho, que será lo más fácil, y entonces sí que el torero correrá inminente riesgo.

De tanta importancia es lo que digo, que los que por dar crédito al aludido autor, colocan el envoltorio de la muleta liada en el ojo derecho del toro, háganse cuenta de que dejan inerte la mano de la muleta, que debe ser la que trabaje con más eficacia, y adivinen el final que les espera el día menos pensado.

Con la mano derecha se mata al toro, porque en ella se lleva la espada; pero con la izquierda se mata el torero, si no la emplea como lo acabo de decir.

No quiero dejar sin protesta—como lo hice desde un semanario,—el atrevimiento con que un ig-

norante se permitió definir, desde la cátedra de un importante diario madrileño, la suerte del volapié.

Afirmó que no era condición precisa la de salir por el costillar derecho del toro, con tal de darle muerte...

Lo que equivale a decir que la gracia del pendolista no consiste en hacer alarde de buena letra, sino en echar borrones al final del trabajo; que todo el que se propuso estudiar, acabó feliz y brillantemente la carrera; que todo el que fué a América a hacer fortuna, regresó millonario..

¿Que el final no importa, con tal de comenzar bien? ¡Cuántos comenzaron bien y acabaron mal! ¡Cuántos se quedaron a mitad del camino..!

¿No le parece a usted, lector, que con que toda la vida seamos unos santitos—que es lo que yo decía desde el aludido semanario—, y luego, a última hora, lo echemos todo a rodar con un pecado gordo, valiente juerguecita la que habremos corrido, si caemos de patitas en el infierno...?

El espada *Algabeño II*, a quien indudablemente quiso halagar el mal llamado revistero, poco tiene que agradecerle, que le puso en mal concepto entre los aficionados, y lo que es peor—si cabe,—nada bueno aprendió, si hizo caso de la lección.

¡Bien dicen que hay cariños que matan, y ese ignorante y desaprensivo escritorzuelo, elevado porque sí a la plaza que otro dignificó, no dió muestras de querer al torero!

Yo, al menos, creo que el que quiere bien, no aconseja mal.

¡No de otro modo se portaría el diablo, metido a predicador...!

Los ojos del toro

SUMARIO

Disposición de los ojos en el toro.—Dónde convergen los rayos visuales.—Por qué se carga la suerte al ojo contrario.—¿Es de sentido o cobarde el toro que echa la cara por el suelo?—Los ojos en planos opuestos y convergentes.—Focos visuales.—Alarde temerario de *Fabrillo*—El mismo diestro en la plaza de Bermeo.—Contradicciones en que incurren los técnicos.—El acto de humillar.—*Cosas feas* en un toro bravo.—Por qué se arrancan bien de lejos.—Por qué se quedan en el centro de la suerte.—Distancia para los cites.—Distancia para estoquear, y observaciones sobre las formas en que esta suerte se ejecuta.

Los ojos del toro

El buen juicio del lector habrá adivinado lo que va a ser objeto de esta parte del libro; porque de la lectura de cuanto antecede, se deduce claramente cuanto aquí vamos a dejar sentado.

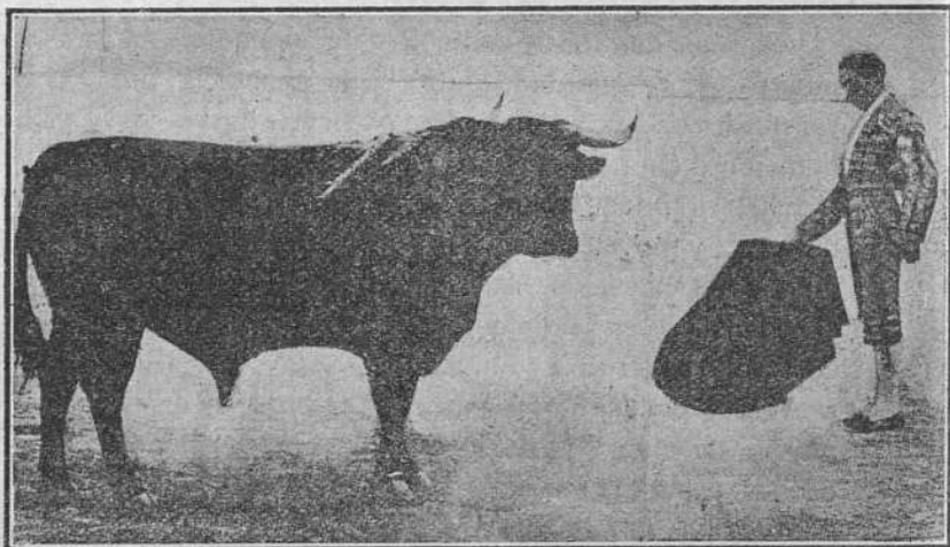
Los ojos del toro—como los de cualquier mamífero—, no guardan entre sí la distancia que los nuestros, que a los fisiólogos sirven de modelo, o mejor dicho, de unidad de comparación.

Están a unos treinta y cinco centímetros uno de otro, y no en un plano, sino en las caras laterales del hueso de la nariz. De frente, casi no son visibles; en algunos, nada; mientras que de costado, se aprecian de lleno.

Aparte del mono,² de las aves nocturnas de rapina y de algún otro bicho raro—en los que las órbitas están dispuestas de modo que la vista se efectúe hacia adelante, y simultáneamente con los dos ojos—, en los demás, la dirección de las órbitas es tal, que los ojos se hallan más o menos directamente a los lados.

Según esto—y aunque en virtud de los músculos motores, pueden moverse en sus respectivas órbitas—, la prominencia de la frente en los toros les impide concentrar los rayos visuales en un punto cercano a ellos. Convergen en un punto que está a unos tres metros: que la distancia no es la misma para todos; debiéndose las pequeñas diferencias que hay de unos a otros a las distintas configuraciones que presenta la cabeza—unas veces lisa o plana en la frente, y otras veces acarnerada o abombada—según las vacadas de que proceden.

Desde esos tres metros en adelante, ven bien



y simultáneamente con ambos ojos; pero no así lo que se coloca dentro del triángulo isósceles

—cuya base es la recta de ojo a ojo, y cuyos lados, naciendo en cada uno de éstos, se juntan en el foco señalado—; porque a tres metros está para el toro el punto próximo de su vista.

Torero que se sitúe dentro de ese triángulo, no será visto, repito; aunque, en virtud de la vista lateral—que ya he dicho que es común a casi todas las especies animales—, el toro verá el engaño que a un costado, o sea en el ojo contrario al de la salida del torero, le presenta éste.

He ahí explicado el por qué se carga la suerte al cuerno contrario, según *Pepello*. Porque es la mejor manera de desviar las cabezadas, quedando terreno al diestro para salir de la muerte.

* * *

Se ha dicho, equivocadamente, que el toro de sentido, humilla; o que el que echa la cara por tierra, es de sentido. También se ha dicho y escrito, que la echa el toro cobarde, que ha sufrido algún castigo

He visto y observado bien, que muchos toros nobles y bravos, o que por lo menos no presentaron dificultades durante la lidia, echaban la cara, a poco de salir, cuando aún no habían padecido destronque de ninguna clase, persiguiendo los vuellos de los capotes, corriéndolos por derecho, y sin haber sufrido daño de los lanceros.

¿Por qué?

Sencillamente, porque la cabeza del toro, vista

de frente. no presenta paralelas las caras laterales; sino que están en ángulo agudo, truncado, cuya mayor abertura corresponde a la parte alta o de nacimiento de los cuernos, y cuyo vértice cae debajo, en dirección al hocico.

Si los ojos del toro estuvieran en planos que no se encuentran, o paralelos, el triángulo de que he hablado, sería invariablemente el mismo. O mejor dicho, sería el único para todas las posiciones que adoptase la cabeza.

Pero, no es así; la sabia Naturaleza los dispuso en planos distintos, opuestos y convergentes hacia abajo, para que pudieran ver los objetos caídos, lo que se cría en el suelo o está en él.

Tiene, pues, el toro, dos focos visuales; uno, cuando mira de frente, teniendo la cabeza ni alta ni baja, en posición normal; y otro, para cuando mira al suelo.

El primero, como ya he indicado, está, por el estorbo de la nariz, a tres metros, y el segundo, a menos de uno.

Según esto, cuando el torero se arrodilla, o cuando se tiende en tierra, no debe llamar la atención del animal con voces ni movimientos; siendo preferible y conveniente, que el toro esté ahormado, en posición natural, distrayendo la vista con objetos o personas que se hallen a distancia.

En Valencia, hace unos años, (1) *Fabrillo*, *el-gabeño* y *Villita* rivalizaban en adornos y remates temerarios, con un noble toro de Veragua; el espada valenciano, más valiente que entendido, terminó el último quite echándose cuan largo era, en la misma cara del toro.

El hecho, por lo inusitado, asombró al público y a los compañeros de profesión; éstos, instintivamente, temerosos de que una indiscreción pudiese ocasionar algo trágico, quedaron de pronto inmóviles, como obedeciendo a una superior disposición. El público, calló asombrado.

¿Cómo ejecutó *Fabrillo* aquel alarde?

Llevó al toro hacia los medios, y en cuanto quedó *refrescándose*, lentamente, sin meter el menor ruido, dejó caer el capote, al tiempo que, agachándose, arrodillándose, acabó por tenderse sobre el capote.

Segundos después—que al espectador parecieron minutos—, se incorporó con las mismas precauciones; alejándose poco a poco de aquel sitio, entre los tempestuosos aplausos y vítores que en tendidos y gradas resonaban...

Si el toro hubiera humillado, atraído por el ruido; o si en vez de tener la vista en objetos lejanos, la dirige hacia abajo, es posible o verosímil, que allí acabase la vida del que poco más adelante había de sucumbir en la misma plaza, por

(1) 10 de Noviembre de 1895.

un exceso de amor propio, ejecutando una suerte que no le era habitual.

Por lo tanto, aquel acto de *Fabrilo* y otros semejantes que se ven en las plazas, no tienen más valor que el relativo de ejecutarlos cerca del enemigo—cuya cara es muy seria—, y en posición poco favorable para evadir la cornada; pero pueden llevarse a cabo con relativa confianza, cuando el torero va asesorado de hombres inteligentes y arrojados, que no suelen abundar en todas las cuadrillas.

* * *

En otro lance parecido se vió el mismo diestro en Bermeo cuando en 1894 inauguraba la plaza que se alzó en terrenos de la Rivera.

Corría de espaldas, abanicando a un toro de Tabernero, cuando de pronto, un caballo no apuntillado, se incorporó, quedando *Fabrilo* entre el obstáculo que detrás le oponía el caballo, y el toro que, siguiendo las ondulaciones del capote, adelantó hasta encunarlo.

Lo inesperado del lance debió sobrecoger al valeroso espada, cuyo rostro dibujó una horrible mueca...

¿Qué hacer para salvarse?

Tanto los peones como su hermano Francisco, que figuraba entre ellos, debieron comprender que su intervención en aquel momento podía traer fa-

tales consecuencias y no se movieron, acaso aterrorizados...

El público, que poco antes gritó al espada advirtiéndole el peligro—que *Fabrilo* no oyó, no entendió o atribuyó a causa distinta—, guardó silencio, aterrorizado también.

Yo creí que *Fabrilo* se agarraría a los cuernos del toro, que retorcería el cuello del animal, que lo tumbaría, que le golpearía en los ojos—como hizo Mazzantini en Madrid, con un toro de Anastasio Martín, en 12 de octubre de 1890, cuando al saltar tras él la barrera, quedó encunado contra las tablas del tendido, y forcejeando, agarrado a las astas, desvió al toro golpeándole en los ojos—; pero no debió de ser factible la operación, por la posición en que se hallaba, materialmente enfrontado, encerrado por las agudas y delanteras armas del salamanquino, que si cabecea, si humilla o si encampana, engancha al diestro.

El instinto de conservación iluminó a *Fabrilo*; con gran cuidado, para no llamar la atención del toro, casi rozando con él, se agachó lentamente, logrando escaparse por entre las patas del caballo.

Pálido, descompuesto, sordo a las aclamaciones y a las enhorabuenas del pueblo; sin ánimo para brincar la valla, por unas puertas que le abrieron, pasó al callejón, donde recobró alientos.

La lidia se interrumpió durante largo rato.

—*Erretirate Frabillo...!* le decían mil voces, y

cuando de nuevo se armaba de espada y muleta para matar, oíase por toda la plaza:

—*¡Erretírate, pues, hombre...!*

* * *

En ninguno de los casos que acabamos de referir, veían los toros al torero, por la proximidad a que se hallaba, aunque si bajan la cabeza es posible que se dieran cuenta.

* * *

Hablemos ahora del acto de echar por tierra la cara—que los inteligentes atribuyen siempre a mansedumbre o al quebranto sufrido por el exceso de castigo—, y que principalmente se debe al deseo de ver, cuando se figura o cuando siente que algo se mueve cerca de él.

Esta afirmación de los inteligentes, como otras muchas, está reñida con otra que no se cansan de repetir. Veamos:

Cuando el toro, persiguiendo a un torero que buscó refugio en el callejón, llega hasta las tablas y mira por encima de ellas, buscando al que logró escapar, dicen que es bicho de cuidado, que sale con malas intenciones y con ganas de hacer por el bulto.

Algo hay de cierto; pero al mismo tiempo, dicen que es bueno aquel que remata ciego de coraje en los vuelos del capote...

¿Cómo un mismo fenómeno puede obedecer a causas completamente opuestas?

No es motivo bastante para juzgar de la mucha o poca bravura del toro, el acto de echar la cara por el suelo; antes bien, el que humilla, el que descubre, el que da con el hocico en la arena al embestir, demuestra que quiere llegar al objeto, alcanzarlo y cornearlo; o lo que es lo mismo, rematar el viaje, hasta dejar castigado al que intentó burlarse de él.

Y los inteligentes no me negarán que los que rematan son los mejores para lidiados.

¡Cuántas veces hemos oído que el manso no remata, sino que pasa de largo, y que el bravo es tan codicioso que no quiere separarse del objeto que persigue, y que cuando lo alcanza, se queda con él y le suelta cincuenta cornadas en un segundo!...

¿En qué quedamos?

Más acertado fuera decir lo contrario; que es de cuidado el que no humilla, el que camina con la testa en alto, como un caballo; porque el que así se presenta y así continúa, desarma, no deja llegar, y se defiende. (1).

También dicen los que de estas cosas entienden más que yo, que el escarbar, el echarse tierra a los lomos, etc. etc., son *cosas feas*, impropias de un buen toro de lidia.

(1) A esto se debió el fracaso de Gaona en Madrid, en la eorrida de los Albaserradas, en 1920. El bicho en cuestión fué un caballo disfrazado de toro.

Por lo visto, el espíritu de observación no caracteriza a los aficionados tenidos por competentes. Porque, vamos a ver. ¿Tiene algo de particular que el toro que sale a la plaza en una tarde de estío, en que el sol, sin el antifaz caritativo de las nubes, abrasa como en las latitudes ecuatoriales, busque la sombra, el terreno húmedo, las bocas de riego...?

El acto de escarbar y echarse la tierra a los lomos, es tan instintivo, como el de sacudirse el rabo, para espantar las moscas, que le molestan mucho.

Además, nadie—ni el ignorante de quien dijimos en el anterior capítulo, que garabateaba en un dirio importante de la Corte—, se atrevería a decir que el toro que desafía es manso.

Y ¿qué es desafiar? ¿Cuándo se dice que el toro desafía?

Según los propios definidores, el toro desafía cuando escarba, cuando se encampana, cuando humilla, cuando cabecea, cuando se tapa, cuando junta el hocico con el suelo, sin apartar la vista de los objetos que le llaman la atención...

¡Ah! ¿Cuándo querrá Dios que se pongan de acuerdo los sabios en materia torera?

¿Comprenden ustedes por qué acaban a garrotazos o algo peor, las discusiones sobre técnica taurina?...

Lo de la rectitud al prepararse a ejecutar una suerte, no necesita, después de lo dicho, de grandes explicaciones.

Cuando el que cita al toro, se coloca demasiado cerca, por regla general, el toro recula, hasta situarse en un punto desde donde se da perfecta cuenta de lo que tiene delante; o si no recula, echa por tierra la cabeza, para ver lo que en posición normal no le es posible; como hice constar en el capítulo dedicado al toro en el último tercio.

Por eso, casi todos, al arrancarse, lo hacen de lejos; a lo que se puede añadir que los que se arrancan de lejos lo hacen bien y con proporción. La velocidad es mayor, mayor la fuerza que ponen en la embestida, y, mayor tiene que ser forzosamente el quebranto que padecen. Por la dificultad que tendrán de torcer la dirección que tomaron para alcanzar lo que quieren perseguir.

Si el toro no tuviera el desarrollo y el peso que tiene; si acometiera siempre despacio, no daría las cabezadas al aire o en falso, y se revolvería como un gato o un tigre; no dejando tiempo ni espacio al artista para prepararse o para variar de actitud.

De aquí las dificultades que ofrecen para ser lidiados los toros revoltosos, los juguetones, los que se ciñen o son pegajosos, los celosos y los que recargan; siendo muy natural que a los to-

beros gusten más que éstos, los que *dejan colocarse*.

Hay toros que tardan en acudir a los cites, y parece que toman sus medidas o sus precauciones antes de determinarse.

Dice *Pepeillo*:

«No obstante que los toros son de naturaleza fiera, comunmente se asombran de los objetos y temen al castigo. Y de esto nace que usen de la acción defensiva, que consiste en hurtar el cuerpo a los objetos que se les aproxima, y en taparse, levantando la cabeza, para que no se les descubra el cerviguillo».

Sin negar que haya toros de esa condición— que son los llamados recelosos, tardos y reservados,— conviene tener presente que aun los bravos, nobles, prontos y voluntarios, se niegan muchas veces a acudir, cuando son citados; debiéndose el caso a la poca distancia que les separa del torero. Aléjase éste, y entonces arrancan, sin que podamos deducir de ello, que se haya operado un cambio en las condiciones de aquéllos.

Otras veces, toros que son bravos, empiezan medrosos, parándose ante el engaño, bufando y sin hacer el menor caso del que les llama; generalmente los que se detienen ante el engaño

o ante el torero—particularmente en las suertes que se practican a cuerpo limpio,—no ven dónde se encuentra el objeto o la persona, y no quieren exponerse a dar inútilmente la cabezada.

Los que así comienzan—salvo excepciones, como los defectuosos de la vista,—es que fueron citados muy en corto o que avanzaron despacio. Por cuyos motivos—como no se les puede marcar la suerte, cargando la salida, para no exponerse a correr el peligro de adelantarse y quedar el torero descubierta—, se detienen dudando, o huyen, o retroceden, para engendrar la acometida sobre seguro.

He ahí por qué parecen mansos, cobardes o burriciegos.

Como ya hemos dicho que los toros se arrancan bien, generalmente, cuando lo hacen desde lejos, convendrá que los cites se hagan siempre a regular distancia.

Además, todos hemos podido observar que los toros embisten de frente, enderezándose, si no lo estaban, antes de emprender la acometida. Así dispuesto el toro, se comprenderá fácilmente lo peligroso que puede resultar para el torero el adelantarse o el atrasarse en las suertes; como el atravesarse con ellos. Porque se enseña a los toros lo que no deben aprender, y porque puede resultar ineficaz el engaño.

Para la suerte de matar toros a volapié, se aconseja que el espada se *reúna* bien y en corto. Para la de estoquearlos en la llamada de recibir, se indica que la distancia entre toro y torero sea mayor; así como que éste se perfile con la pala del cuerno derecho.

Analicemos estas reglas.

Hemos convenido que la del volapié es menos fácil de ejecutar, o si se quiere, de más compleja realización que la de recibir, porque ésta tiene un tiempo menos, porque en aquélla hay más cosas que hacer.

No obstante, parece más sencilla, porque se lleva a cabo con toda clase de toros, ya en su verdadera y clásica pureza, ya en sus derivadas.

Como la de recibir ha caído en desuso, y como los espadas actuales no han visto ejecutarla, ni han tropezado con quien les explique cómo debe practicarse, las clases de toros que se prestan, los terrenos en que debe intentarse, el trasteo de muleta que ha de preceder a la suerte, etc., nada tiene de particular que se les antoje erizada de inconvenientes.

Las dificultades no nacen de la suerte en sí, sino del procedimiento.

No solamente es más complicada la suerte del volapié que la de recibir, porque hay que entrar, clavar y salir en el momento en que el toro humilla para coger, sino porque el torero no es visto por el toro—si se coloca como está escrito y ad-

mitido—, y porque puede ocurrir, si el toro no obedece al engaño de la muleta, o ésta no se maneja oportunamente y con la necesaria eficacia, que el toro no doble el cuello hacia su izquierda y que lo mueva hacia el lado por el que siente al espada en el instante en que quiere *emparejar*.

Para evitar, pues, que el toro corte la salida al matador, debe bajarse todo lo posible la muleta, dirigiéndola al ojo izquierdo del animal—vaciar se llama a esto—, y el toro, obedeciendo al juego que se imprime a la muleta, baja la cabeza, que la dirige al lado opuesto por el que va a salir el matador.

Mas no basta lo indicado. Son requisitos indispensables para que la suerte salga lucida—en cuanto a la ejecución y en cuanto a la eficacia de la estocada—, que el espada se perfile en la rectitud del eje del toro y cerca de él—a esto se llama técnicamente *reunirse*—, que el brazo de la espada no se despegue del pecho, ni se le eche por delante.

Reunido el espada y atacando derecho, la mano de la muleta deberá jugar bien, de lo contrario, el toro no dejará pasar al estoqueador, interponiendo en su camino el obstáculo de la armada cabeza, y las estocadas resultarán delanteras o atravesadas, si resultan.

En esto se fundan los que dicen que los toros más son las veces que cogen huyendo, y tienen razón, porque al huir no se pueden cumplir los

dos principales requisitos en que se basan las suertes, y que son, como ya he repetido, situarse en la rectitud y cargar el engaño al ojo contrario al correspondiente a la salida.

De la suerte se saldrá con pies—a lo que debe el nombre—, y como el toro tome bien el engaño, y como el matador no se salga del camino iniciado, éste pasará, como suele decirse, rozando con el costillar derecho del toro.

Leí, no ha mucho, que uno decía con la mayor frescura:

«Fué un volapié estupendo, colosal; recto y derecho, hasta hundir todo el acero, dándole al toro con la muleta en el hocico, y se salió del centro de la suerte; ¿cómo?, pues miren ustedes, no salió por el costillar porque como el toro no se movió, no pudo ofrecer el costillar al matador. Salió por la cara y el estoque quedó igual, contrario y trasero, de tanto, de tanto hacer por el toro.»

Pase lo de dar con la muleta en el hocico, como figura elegante de dicción; pase también lo de que el volapié fué estupendo, saliéndose el espada del centro por la suerte; pase lo de hacer mucho por el toro, yéndose el espada; pase todo, como él pasa por revistero sin serlo, y como pasaron las infinitas barbaridades que sobre este mismo

punto se leen en la gran obra de Sánchez de Néira. (1)

Lo que no debe pasar es que la palabra que se emplea para designar una cosa, se aplique a otra diametralmente opuesta. Es algo así como llamar soneto a una composición de catorce versos—mejor dicho, líneas—, con doce o más sílabas en cada uno, con serventesios en vez de cuartetos, mal rimados y sin acento; como hoy quieren poner en uso unos cuantos .titiriteros de la literatura, que creen que para ser poeta basta llevar melena y chalina, y escribir en enigma...

En el volapié, el toro no se mueve o no hace falta que se mueva; porque el que conserve patas debe ser estoqueado en la forma opuesta, que es la de recibir; como en ésta no se mueve el torero hasta después de consumada la suerte.

Sin embargo, es frecuente oír en las plazas y aun fuera de ellas:

—La culpa no es del matador, sino del toro, que no hizo nada por aquél.

¡Como si el toro tuviera que matarse él mismol
¿Quién lleva la espada? ¿Quién va a matar a
quién?

(1) *Gran Diccionario Taurómico*, edición de 1896, página 704.

¡Ah! ¡Prepárense ustedes a leer lo que dirá el autor de aquellas afirmaciones, en cuanto se entere de lo que escribió el maestro Sánchez de Neira...

¡Buenos nos va a poner!

La suerte del volapié la inventó *Costillares*, según *Pepeillo*, para los toros que no acudían al ser citados para recibidos; porque llegaban al final aplomados y sin el poder necesario. ¿Estamos?

No hay para qué hablar del riesgo que correría el espada, si el toro se arrancara estando enhilado y a la poca distancia en que se prepara para el volapié, y aun en este caso, no se llamaría volapié a la suerte, sino con los nombres que tienen sus derivadas; como *a un tiempo*, o *de poder a poder*, según el arranque primero se deba al torero o al toro, respectivamente.

En la suerte de recibir, como el espada se coloca a mayor distancia del toro, para darle tiempo y terreno para embestir con velocidad y fuerza; como al espada se le consiente que se perfile con la pala del cuerno derecho, y como la muleta no se lía, o se lía poco—dejándola como para dar un pase de pecho—, no hay más dificultad que la de saber esperar, inmóvil, la arrancada del toro.

Es decir, que la salida del toro está marcada para el terreno a que debe ir, desde el punto que el matador se dispone a ejecutar la suerte y cita. Entendiéndose, aunque no hace falta decir, que dando salida al toro, se la da el torero.

La del volapié—que puede ejecutarse con toda clase de toros—, se practica desde corta distancia sin que el toro se dé cuenta, aprovechando la rapidez con que da la cabezada, para salvar la exposición que tiene. Es mucho menos gallarda que

la de recibir, por la forma en que se dispone el estoqueador; porque, en realidad, el espada caza al toro, mientras que en la de recibir le llama y le espera a pie quieto.

TERCERA PARTE

SINTESIS

El toro va donde pone la vista

SUMARIO

El punto próximo de la visión humana está de veinticinco a treinta centímetros.—En el toro se halla a mayor distancia.—Sobre qué extremidades gira el toro.—El toro miureño es difícil de lidiar, por su especial constitución anatómica y fisiológica.—Por qué no rematan en tablas algunos toros.—Antonio Fuentes en la preparación de banderillas al quiebro.—Paquíro precursor de *Don Tancredo*.

El toro va donde pone la vista

No hace falta un estudio anatómico y fisiológico de la cabeza y de los ojos, para comprender el mecanismo de la visión en el toro.

Creo que lo apuntado basta para entender que lo que juzgábamos como anomalías o rarezas en el toro, no son tales; mas, por si las explicaciones no son acertadas, emplearé nuevas demostraciones.

Si a unos veinticinco o treinta centímetros de nuestros ojos ponemos un libro, leeremos bien, si la vista es normal; porque esa es la distancia señalada para la visión clara y limpia. Acerquemos más el libro, hasta unos veinte, y todavía leeremos bien; porque en los veinte centímetros está el punto próximo de que he hablado en el capítulo segundo; o sea el límite más cercano que nuestros ojos tienen para ver. Más cerca, a menor distancia, no será posible la lectura; donde hay una letra, vemos dos; las palabras se nos apa-

recen repetidas y casi superpuestas. Y si continuamos aproximándolo, hasta dar con el libro en las narices, no veremos.

Y no tan sólo no veremos, sino que sentiremos un malestar en los ojos y una molestia semejante al dolor de cabeza.

¿Por qué no le ha de ocurrir lo mismo al toro, cuando los objetos se le ponen demasiado cerca?

No digo que le duela la cabeza, porque no lo he podido comprobar... Pero, que no ve lo está diciendo a cada momento: cuando el picador se le *echa encima* para obligarle a tomar varas; cuando se niega a arrancar en los lances de capa; cuando el banderillero le llama desde cerca, y en otros casos ya citados, en los que el toro anda hacia atrás, para luego acometer, o el torero se aleja para citar, viendo que de cerca no consigue que fije la atención en él.

Lo que para nosotros está a veinte centímetros, en el toro está a tres metros—una distancia equivalente a su largo,—y el punto de la visión clara, desde esa distancia en adelante.

Nosotros, para ver de costado, tenemos que impedir a la cabeza un movimiento lateral de cuarto de círculo, porque tenemos los ojos cercanos entre sí, situados en la cara; o giramos el cuerpo, casi con igual presteza que doblamos el cuello.

El toro no necesita doblarla, para ver lo que

tiene a sus costados porque tiene los ojos en planos laterales.

Nosotros podemos movernos con más facilidad que el toro, que, aunque ágil y nervioso casi siempre, sus movimientos son lentos y solemnes.

El toro tiene por base cuatro remos, que sustentan su pesada corpulencia, y al girar, desarrolla un arco de circunferencia; mientras que nosotros podemos volvernos en el mismo espacio que ocupamos.

Como el toro embiste de frente, aunque vea de costado lo que quiere perseguir, gira siempre, para ponerse en línea recta, antes de emprender la carrera.

Y ¿cuáles son las extremidades que hacen de eje? ¿Gira sobre las manos, o apoyándose en las patas?

Generalmente se revuelve teniendo por punto de apoyo las manos; sobre todo cuando quiere moverse con presteza. Porque el radio de rotación de las manos a los ojos, es menor que el radio desde las patas; y si girase sobre éstas, perdería mucho tiempo en ponerse en marcha, o en disposición de arrancarse. Lo que estaría en pugna con su fiereza y acometividad instintiva.

Cuando el toro sale a la plaza, no es muy fácil observar si ve o no de cerca, por la mucha velocidad, por la extremada ligereza con que se mueve; pero cuando se aploma, cuando va perdiendo facultades, y se mueve despacio, el más

ciego de los espectadores ve las desigualdades con que se arranca y la inquietud con que mira o *desparrama* la vista, y que las atribuye a pérdida de sangre o al castigo sufrido en varas...

En otra ocasión (1) dije hablando de los toros de Miura:

«Son difíciles de lidiar; no porque sean más o menos duros de patas que otros, ni porque salgan con intenciones que otros no llevan, no. Son difíciles de lidiar, mejor dicho, son raros, únicos en su clase. Tienen una configuración distinta en la cabeza, y su curiosa fisiología, que aún no ha sido convenientemente estudiada, les hace pelear como no pelean otros; y como los encargados de lidiarlos no se explican estas diferencias, y los quieren jugar como a todos los demás, de ahí que las dificultades aumenten, y que duden en la manera de ejecutar las suertes.

No insisto en este punto, que por su extensión y por su novedad, tiene que ser tratado en sitio aparte. Pero como el que paga quiere presenciar algo que merezca la pena, y como con miureños hay que sudar

(1) «El Secreto de Belmonte», pág. 130.

para ganar, siempre tendrán aceptación los toros que, como éstos, obligan a desarrollar a los toreros inteligencia, facultades y valor».

Los toros de Miura tienen larga y angulosa la cabeza, y la cara casi plana. Vistos de costado, el hueso de la nariz no presenta ningún abombamiento, sino que es recto en su extensión.

Debido a esto, aunque los ojos guardan entre sí la misma separación que en los demás toros, esa separación es igual sólo en apariencia; porque los ojos están situados en planos casi opuestos, y su ángulo visual es mucho más agudo—y por lo tanto más largo—que en los toros de otras procedencias.

Es decir, que el miureño ve bien de lejos y mal de cerca, en la rectitud.

¿No han reparado ustedes en que siempre se arrancan desde lejos, desde muy largo, sorprendiendo a los toreros que se hallan desprevenidos y sin darles tiempo, muchas veces, a ponerse en salvo?

En esta condición de raza se funda todo lo que se ha dicho sobre las características del miureño.

El torero que—diga lo que quiera—*ve de toros* menos de lo que a su profesión importa, y todo ejecuta rutinariamente, no ha señalado esta particularidad, y mucho menos la causa a que obedece. Todo lo echa a mala parte, atribuyendo al ganadero—que es, indudablemente, uno de los más

escrupulosos— intenciones de Judas, y a sus toros, una facultad casi humana para aprender al instante lo que el ganadero les enseñaba...

El torero pierde la serenidad, no comprendiendo cómo el toro de Miura se fija en lo que está a distancia y cómo parte con tanta celeridad; pero no por eso se ha puesto a estudiar, a inquirir las causas, que a él, antes que a nadie, importa averiguar, para no hacer el ridículo ante el público. ¡Todo antes que ponerse a meditar sobre el caso, porque es molesto...!

Según esto, ¿qué lidia debe dársele?

En los primeros tercios, la misma que a los burriciegos que no ven de cerca; y en el tercio final, colocándose el muleteador en absoluta rectitud frente al toro, no *codilleando*, sino presentando bien el engaño al ojo correspondiente, y, si a ningún toro debe retirársele, para que no quede el torero al descubierto y expuesto a un contratiempo, a éstos menos que a ninguno. Porque, como son duros de patas y de mucho poder y nervio, se pueden revolver fácilmente.

* * *

A propósito de los miureños—ya que en ellos se observa con mucha frecuencia—, hay toros que pelean en los medios y tercios del redondel, sin aproximarse ni por casualidad a las tablas.

Si a los toreros y a cuantos presumen de inteligentes se les pregunta por qué, responderán que

como en las tablas han sufrido el daño de las varas, temen acercarse de nuevo a ellas.

La tal respuesta sería lógica, y por lo tanto admisible, si los picadores continuasen a caballo durante toda la lidia, como en otros tiempos. Pero, como se retiran al cambiar el tercio, sin que los toros los vuelvan a ver, la respuesta no satisface.

No obedece a esa causa: entre otras razones, porque en las novilladas llamadas económicas, o sean las que se dan sin el concurso de los picadores, así como en las becerradas, suele darse el caso de ir persiguiendo el animal a un torero, y de pronto, cuando éste va a tomar refugio en el callejón, pararse, sin intentar siquiera seguir adelante. Luego no está la causa en los picadores.

Serán o no temerosos los toros que así pelean; pero lo que sí se puede afirmar desde luego, es que no ven lo que perseguían, y se detienen, para no dar la cabezada en falso.

En esta particularidad se fundan muchas paradas en seco que durante la lidia hacen los toros quedándose a mitad de carrera.

Sale un diestro perseguido por el animal, en línea recta; detiéndose el diestro, y a poco se detiene también el toro, como obedeciendo a un mandato de aquél... Goza el público con la escena, que atribuye a un gran conocimiento que de la lidia y sus secretos tiene el torero; pero de pronto, si otro objeto no distrae al toro, le persi-

gue, si se sale de la línea recta, o si se aleja mucho en la dirección primera. Luego...

Cuando el gran Antonio Fuentes jugaba con el toro, preparándole para banderillas al quiebro, el toro ocupaba terrenos opuestos a los que se le dan para las banderillas al cuarteo. Es decir, Fuentes los llevaba a los medios de la plaza, y andando a pocos metros, recorría una curva alrededor del toro, caminando con fingida pero graciosa despreocupación.

Giraba el toro sobre sí mismo, siguiendo atento al gran artista; y cuando se hallaban torero y toro en una misma recta, el toro avanzaba unos pasos, deteniéndose al llegar al punto próximo de su vista.

Continuaba su camino el maestro sevillano, y vuelta el toro a seguirle con la mirada, imprimiendo al cuerpo un movimiento de rotación sobre las manos, hasta que, citándole de largo, se le arrancaba recto y fuerte. (1)

Otros, que quisieron imitarle, han tenido que guarecerse en la trinchera, y reaparecer en otro tercio, para continuar la preparación, que Fuentes la ejecutaba solo, con el toro en el ruedo.

Sánchez de Néira, hablando de Francisco Montes, escribió:

(1) Conviene hacer constar que Antonio Fuentes toreaba sin aceleramientos; que dejaba refrescar a los toros y que ha sido uno de los que menos han dudado ante ellos. ¡Igual que hoy!...

«Más de una vez, corriendo el toro por derecho, en lo más impetuoso de la carrera, paraba en corto, clavaba los pies, sin temor al toro; el cual, o se plantaba asombrado...»

Observen ustedes que habla de correr por derecho, y de que el toro cuando paraba, lo hacía en corto.

De *Guerrita* se ha dicho eso mismo, y algo más; que hipnotizaba a los toros...

En consecuencia, el toro advierte con la mirada hacia dónde se va a arrancar; ya porque le llama la querencia, ya porque ve algo que le incita. Que es lo que *Pepeillo* dice en su libro:

«Es una señal segura que donde el toro pone la vista, allí parte.»

Si se detiene en la acometida, es porque se borra de su vista lo que iba persiguiendo; aunque a veces, si es codicioso, seguirá corriendo, llevado del ruido que siente. En este caso, lo más probable es que el torero salga atropellado aunque no se haya atravesado con el toro, sino porque embistiendo el toro sin proporción, no viendo el engaño, camina, como si dijéramos, a ciegas.

Cuando el torero quisiera saber si el toro se fija en él o en otra cosa, o si por el contrario está distraído, debe observar la posición de las orejas. Si las tiene abiertas, echadas hacia atrás, no ve, no está atento a lo que tiene delante; si está con

la mirada fija—como ya he dicho en otro capítulo—las echa hacia delante, a modo de anteojeras.

* * *

No estamos en los tiempos de Fernando VII, cuando decía el Conde de la Estrella en su proyecto de Escuela de Tauromaquia presentando por encargo de aquel monarca de triste memoria:

«Uno de los puntos más esenciales es conocer el carácter de las res, que suele descubrirse en los ojos, orejas y cola. Los atravesados o zainos y mosquear alguna de las orejas, denotan intención; los más alegres y vivos, viveza y acaso nobleza y ninguna malicia; el meneo y ensortijado de la cola, vigor y fortaleza y deseo de que se le llame y obligue.»

No; lo que interesa al torero al disponerse a practicar las suertes, es convencerse de que el toro está fijo en él. Si tiene abiertas o echadas las orejas hacia atrás, no le ve, aunque le mire; es decir, no se halla atento a las llamadas del torero que tiene delante; y si está con la mirada fija en el torero que se halla ante él, tenderá las orejas sobre los ojos.

Los lances por la izquierda

SUMARIO

Las suertes por el lado izquierdo del toro, le quebrantan más que las otras.—Su conveniencia.—*Curro, Espartero y Granero*.—El principal objeto de la lidia para el torero.—El color de la muleta.—Cómo se mata al toro que huye de la muleta.—Costumbre perdida.

Los lances por la izquierda

Los giros que con la capa, y especialmente con la muleta, da el torero hacia el lado izquierdo, quebrantan mucho más al toro que si los mismos giros se dan a la derecha. ¿Por qué?

Cuestión es esta que corresponde explicar a la Medicina; a nosotros nos basta con dejar la afirmación sentada; recomendando que se empleen siempre con preferencia los remates por ese lado en los lances de capa; así como los pases con la mano izquierda, siempre que sean factibles y que convengan.

La misma pregunta hicieron a un acreditado semanario profesional de la Corte, y contestó que eran de más mérito los pases dados con la zurda, por el poco punto de vista que en ellos ofrecía la muleta; en tanto que, con la derecha, lo mismo que en los que se dan con ambas manos, la muleta se presenta más ancha, merced al estoque, que indefectiblemente, se lleva en la derecha.

Es cierto, es evidentemente cierto; pero no era

esa la respuesta categórica que un periódico de técnica debiera haber dado.

Hay una razón torera que recomienda los lances por la izquierda, como vamos a ver.

El toro, con el que se han rematado por la izquierda los lances de capa, los quites y el tras-teo de muleta, llega a la muerte en mejores condiciones de ser estoqueado, que los que han sido toreados por el otro lado.

Por lo tanto, menor es el riesgo que corre el espada en el instante de dar la estocada.

Toreando con la izquierda, se enseña al toro a pegar con el cuerno izquierdo, que es el caerno que andará más próximo al engaño y al torero. Y si no hiciese falta enseñarle, porque tiene esa condición, no la perderá; como no conviene que la pierda.

Hay toros que indistintamente cornean con cualquiera de las dos armas; por lo que se les llama ambidiestros. Pero, comunmente, son diestros o zurdos, según cornéen con la derecha o con la izquierda, respectivamente.

Sabe el aficionado que el toro, a consecuencia de haber sido recortado, picado y banderilleado por un lado, adquiere la condición de cornear por el mismo—*caer, acostarse, pegar*—, o lo que es lo mismo, de inclinarse de una parte al embestir. Si ha sido castigado en el derecho, se defiende hiriendo con el derecho, y el espada, sino ha observado esta particularidad, o si no ha sabido

corregirla, se verá comprometido en el instante de estoquear. Porque el toro se acostará por el lado que el matador debe salir; porque le cerrará el paso.

En una corrida celebrada el año pasado en Madrid, (1) con toros de Vicente Martínez por los espadas *Varelito*, *La Rosa* y *Chicuelo*, salió en segundo lugar un toro, de los que de vez en cuando suelen salir, con tendencia a cornear con el derecho.

Desde su salida al ruedo—que la hizo contraria—, pudo advertirse la condición del toro; llegó a los caballos en seis ocasiones, pegando siempre con el cuerno derecho, que lo sacó tinto en sangre, mientras el izquierdo mostraba limpio.

Es más; pudimos advertir que en la sexta vara al caer el varilarguero, quiso cornear con el izquierdo, al caballo caído; pero aunque le soltó varias cornadas, como no estaba acostumbrado a emplear el cuerno izquierdo, no enganchó.

Temíamos que aquello que tan a las claras estaba para cualquier observador, no lo viese el espada, ni tampoco la torería que bullía a su alrededor, y que los resultados de la lidia—mal llevada, o llevada al revés—, los tocaría *La Rosa* en el momento de estoquear.

(1) 21 de Junio de 1921.

Brindó, se fué al toro con la muleta en la mano izquierda, y al verle dar tres o cuatro pases con dicha mano—soberbiamente ejecutados—, respiramos tranquilos, creyendo que se había dado cuenta de la situación, y que acabaría por corregir el defecto.

Pero no fué así; dió los pases con la izquierda, porque sí; porque había oído decir que eran de más mérito, y que en Madrid se aplaudían mucho. Acto seguido, cambió de mano el engaño, con el que dió muchísimos pases, y sucedió lo que tenía que suceder. Que al entrar a matar, el toro se le ponía por delante, le cerraba el paso, no le dejaba llegar, y quedó deslucida con el estoque una faena bonita, torera en apariencia, pero de escasos recursos toreros.

El toro en cuestión fué calificado de muy noble y bravo, de gran toro; pero nadie, que yo sepa, reseñó su particular condición y la equivocada lidia que le dieron.

Sí, fué bravo, fué noble; pero fué también un toro difícil, un toro que podíamos decir *al revés*, al que nada hicieron por enseñarle a pegar con el cuerno izquierdo.

Seguramente que La Rosa dirá que el toro perdió su nobleza, que llegó al final en malas condiciones, no; el toro aquel murió tan noble como se mostró en toda la lidia; sólo que, por ignorancia de los que lo torearon, pareció una cosa, siendo otra.

Algo análogo ocurrió a *Lagartijo*, también en Madrid, pero en la plaza vieja, en 11 de Mayo de 1873, aniversario de la trágica muerte de *Pepeillo*.

El primer toro de aquella tarde, *Banderillero*, de D. Félix Gómez, trajo de cabeza al coloso de Córdoba, quien necesitó de trece estocadas para matarle.

Un cronista de aquella época, dijo que la causa estuvo en las malas condiciones del toro, o en haberle dado lidia contraria.

Lo cierto es que, cada vez que *Lagartijo* se tiraba a matar, se le adelantaba el toro, tapándose, y entonces el cordobés echó mano de un recurso que no hubiera necesitado si, desde el primer momento, observara la condición del animal. Y el recurso fué cambiar de mano muleta y estoque, pasando la muleta a la derecha y la espada a la izquierda, y dió en esta forma un pinchazo y una estocada baja, que acabaron con la vida del pupilo de D. Félix.

* * *

Hemos dicho que el toro que se acuesta, que cornea preferentemente con el derecho, cerrará el paso al matador en el momento de dar la estocada.

Desgraciadamente, para los toreros, suelen salir algunos toros, no muchos, con esa tendencia. Los toreros de hoy no lo observan, y los lidian igual que a los otros, a los que cornean con el izquierdo, o indistintamente. De aquí muchas catástrofes

que atribuimos al toro, cuando en realidad son debidas a la inexperiencia o a la ceguera de los encargados de lidiarlos.

Citaré tres casos; uno de la antigüedad, otro de hace veintiocho años, que aún perdura en la memoria de muchos, y el último, el ocurrido recientemente en Madrid.

Curro-Guillén, Espartero y Granero.

Curro-Guillén, toreando en Ronda, pasó de muleta a un toro cargando la faena sobre la mano, derecha. No lo preparó para la suerte de recibir, que además, no era de su dominio; acaso porque *Curro-Guillén* pertenecía a la época de transición entre ambas suertes; a la época en que se había puesto de moda la del volapié, poco antes inventada por *Costillares*, y que había caído en desuso la de recibir.

Unos espectadores le incitaron a que matara recibiendo, y el espada, herido en su amor propio, citó al toro, que le enganchó con el cuerno derecho, le arrojó violentamente contra los tableros, y allí le dió otra cornada que acabó con la vida del celebrado espada, al que sacó suspendido, mientras su banderillero Juan León se colgaba del cuerno izquierdo para obligarle a abandonar la presa.

Analicemos el otro caso.

El *Espartero* trasteó con la derecha al toro *Perdigón*, de Miura—según los críticos, para levantarle del lado que se acostaba!—, y ocurrió también, lo que tenía que ocurrir.

¡Necios! ¿Si caía del derecho, cómo iba a corregirle el defecto, pasándole sobre la derecha?

Entró a matar, y el toro le enganchó, volteándole a gran altura. Sin hacer caso de las advertencias, volvió el *Espartero* a la cara del toro, al que dió nuevos pases también con la derecha y en el mismo sitio en que había sido cogido; y se repitió la cogida, que esta vez fué mortal.

El toro *Perdigón* no fué un asesino, no fué un criminal, como luego se quiso hacer ver; fué un toro de tantos, que tomó cinco varas, dió cuatro tumbos y despenó tres caballos; fué un toro con propensión a coger con el cuerno derecho, cuya particularidad no la observaron los toreros que se hallaban en el ruedo; fué un toro lidiado al revés, es decir, lidiado como a la generalidad, y no como convenía a su especial condición.

Veamos ahora el caso de Granero

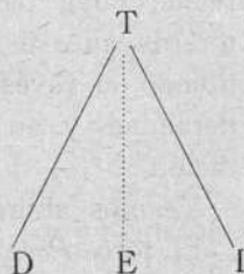
El toro *Pocapena*, de Veragua, que acabó con los cortos días del espada valenciano, no sabía para qué tenía, ni si tenía cuerno izquierdo; corneaba con el derecho, únicamente, y fué lidiado como hoy se lidia a todos.

Ni Granero, a quien por su falta de experiencia o por su ignorancia, no podía pedírsele grandes cosas, ni la cuadrilla—en la que figuraba un peón con falso prestigio de torero inteligente; porque su prestigio, como el de otros muchos toreros y no toreros, no tenía más fundamento

que el de los muchos años—, nadie observó la propiedad del toro; y al situarse Granero a dar el primer pase, que parecía ser un ayudado, en mal terreno, en mala disposición de figuras, perfilando con el cuerno izquierdo, tenía que ser cogido o atropellado con el cuerno derecho.

De lo que se deduce que si los toros, especialmente en el trance de la estocada, conservan la condición de cornear con el derecho, y el espada los llama con la muleta al otro lado, la cogida es cosa que ven los ciegos; aún en el caso de si tuarse el espada en la rectitud del eje de toro.

Un ejemplo: supongamos que a un objeto, T, que es el toro, trata de llevar el espada, E, hacia I; pero que una fuerza equivalente le impulsa a caminar hacia D, su derecha.



No hay que saber muchas matemáticas, para comprender que T no irá hacia D, donde el espada no quiere que vaya, ni tampoco hacia I, que irá a E, sobre el espada, que está situado en la resultante, en la bisectriz de las dos fuerzas.

Pero, todavía, en el caso de Granero, era más segura la cogida, por haberse situado no en E, sino en I; es decir, en el sitio que debía ocupar la muleta.

El desgraciado torero pagó su ignorancia o el

atrevimiento que da la ignorancia, y la ignorancia de los que le rodeaban, situándose mal, haciendo su propio cuerpo de muleta, perfilándose con el cuerno izquierdo, con el cuerno contrario, con el cuerno de un toro que caía del otro lado.

* * *

Creo que bastan estos casos para comprender la importancia que en buena lidia tiene el rematar los lances por la izquierda; en que los banderilleros no descompongan la cabeza del animal, con salidas en falso, y banderilleando donde no deben—por cuya razón deben formar parejas los que ejecutan la suerte por un lado con los que tienen más facilidad para clavar por el otro—, y he ahí por qué se dice que el muleteo debe hacerse con la mano izquierda.

Aparte del mérito que tienen los pases así dados, porque el peligro es mayor que en los otros, tienen la eficacia de quebrantar más al toro, como he dicho, y de prepararle para la muerte en condiciones que al espada favorezcan.

Cuando el matador ve que el toro no sólo cornea con el izquierdo, sino que se le cuela al pasarle de muleta con dicha mano, ya puede entrar o disponerse a estoquear, en la seguridad de que el toro no hará por él, sino que doblará bien el cuello en el quiebro que se imprime a la muleta y le dejará franco el paso de la salida.

De manera que puede decirse que el objeto prin-

principal que para el torero tiene o debe tener la lidia, es el de acostumbrar a los toros a que se acuesten del lado izquierdo, o por lo menos, si no el principal, no deben olvidar que es requisito que a todos conviene, y más que a nadie, al matador.

* * *

Conviene que los toreros no olviden que el toro que de salida emprende su ruta por su derecha, en el caso de no haber persona o cosa a aquel lado que le llame la atención, es que tiene costumbre de cornear con su arma derecha; que tiene por lo tanto tendencia a derrotar por la derecha y que de no tratar de corregir el vicio, todos andarán de cabeza, especialmente el espada.

* * *

En la Tauromaquia de *Pepillo* no se citan más que dos pases, el natural y el de pecho, llamándose también regular al natural.

En la Tauromaquia de Montes, se añade que, aunque no está mal visto, no es airoso para el matador pasar la muleta a la mano de la espada.

Ninguno de los dos autores describen los pases dados con la mano derecha, ni los conceptúan como tales pases, y sí como simples muletazos, cosa accidental o de recurso para salirse de la suerte cuando el matador tiene miedo o poca destreza para seguir pasando al natural.

Esto no obstante, deben emplearse los pases

con la mano derecha cuando los toros se recuestan del lado izquierdo en las tablas, o cuando se encastillan en la querencia de un caballo muerto tapando la salida al matador que en tal terreno intenta colocarse.

Si la espada debe llevarse siempre en la mano derecha—porque es antiartístico pasársela a la izquierda—, siempre los pases dados con la mano derecha estarán en pugna con la nobleza de la lid. No sólo porque la flámula oculta el acero, sino porque se presenta agrandado un engaño que ya de por sí tiene proporciones que nunca tuvo hasta los tiempos presentes.

Antes, la muleta era pequeña, de tamaño adecuado al trabajo que con ella se ejecutaba; mientras que hoy son verdaderos telones, con los que no pueden la mayoría de los matadores, cuando la brega se prolonga más de lo regular. Además que, habiendo disminuído el tamaño de los toros que se lidian, parece la muleta mayor de lo que es en realidad.

El lector dirá qué sale ganando la lucha, al perder su nota principal, que es la emoción.

* * *

Como es de todos sabido, el color grana de la muleta excita el coraje o el ímpetu del toro. (1)

(1) El ojo, el cristalino mejor dicho, no está sometido la a refrangibilidad; el color rojo es el menos refrangible.

¿Por qué? Según el estudio que en la ciencia física se hace sobre los fenómenos producidos por la luz, hallaremos la respuesta en la desigual refrangibilidad de los rayos del espectro, y en la duración de las impresiones en la retina.

No quiere decir esto que en fotografía se trate de los ojos del toro; pero el lector curioso podrá estudiar en esa parte de la Física, y con la debida extensión, lo que aquí no nos es permitido explicar.

Está fuera de duda que el color rojo enciende más que ningún otro el coraje del bruto. Y no sólo en el toro, sino también en nosotros causa idénticos efectos; llegando hasta enloquecernos la presencia de la sangre derramada...

Contaré un hecho muy curioso, que corrobora esta afirmación.

En una fábrica francesa trabajaban de noche muchos obreros, y todos los días, a partir de aquel en que instalaron luz eléctrica, hubo escándalos y riñas, que a veces degeneraron en algo peor. Pero lo que más llamaba la atención era que aquellos obreros, buenos, de reconocida honradez y formalidad, jamás habían tenido hasta entonces el menor disgusto entre ellos.

Pusiéronse a investigar la causa a que pudieran obedecer los diarios desórdenes, y fué imposible dar con ella, hasta que un hombre de ciencia preguntó de qué color eran las pantallas o tulipas de las luces, y al contestarle que rojo, indicó que las

cambiaran por verdes o de otro color. Fué atendido, y a partir de aquel momento, no volvieron a lamentar ninguna escena dolorosa.

Trasladémonos al ruedo, donde el espada está pasando de muleta al toro.

Este, que tomó bien el engaño en los primeros pases, lo desprecia luego; el espada flamea inútilmente la muleta. Parece que el toro, cansado o aburrido, se ha propuesto desesperar al torero, que corre tras él, instándole a que acometa como al principio de la faena.

¡En vano! ¡En vano todo cuanto intenta! Suda, se aflige el torero que tantas pruebas tiene dadas de valor sereno; el público le increpa duramente y los minutos corren veloces en el reloj del presidente...

No sabe cómo disponer al toro a recibir la estocada. No sabe dónde buscar remedio al problema; ni lo sabe tampoco la cuadrilla, cuya intervención es nula en los efectos deseados. El toro sigue correteando, huyendo de todos.

¿A qué se debe esa rareza del toro? ¿Cómo tan pronto ha cambiado de condición el que acudió bien en los primeros pases? ¿Qué se debe hacer en tales casos, que suelen ser muy frecuentes?

Teniendo en cuenta cómo da el toro la cabeza, y la fuerza que pone en ella, fácil es comprender el grandísimo daño que debe padecer en todo

el cuerpo, cuando, por dar la cabezada en un trapo, no halla resistencia, no halla el peso adecuado o proporcionado a su brutal acometida.

¿Quién no sabe que un puñetazo dado al aire, por escaparse el objeto o la persona a quien iba dirigido el golpe, hace más daño en el brazo, que si se hubiese dado en firme? ¿Qué tiene, pues, de particular que el toro acometa bien en el primer pase, que vuelva a acometer en el segundo y tercero, como diciendo:

—¡Antes te escapaste, pero lo que es ahora...!

Y que, no pudiendo desengañarse, insista en su tontería de querer apresar aquello colorado que se mueve burlándole?

Pero los golpes son muchos; el quebranto sufrido puede más que el instinto, y, aunque de nuevo vea que le ponen el engaño a sus alcances, no puede, está deshecho físicamente, y huye.

Corregidos los resabios que ofrecía el toro, la muleta cumplió uno de sus papeles; ya no debe usarse más que en el acto de matar.

Pero algunos toreros—poco fuertes en el manejo del estoque—, quieren defenderse toreando con exceso de muleta, y de ahí viene el mal, porque no encuentran toro, ni momento propicio para asegurarle, sea como sea.

¿Queda algún recurso para conseguir que atienda, y prepararle acto seguido para la muerte?

Sí; antiguamente la muleta era de dos colores.

Cuando el toro, desengañado o cansado, des-

preciaba la muleta, el matador le ofrecía el reverso de la misma, el otro color. Veía el toro algo nuevo, distinto, y acometía; y el torero aprovechaba la oportunidad, le situaba donde mejor podía y entraba a estoquear.

Hoy, perdida esa costumbre, las dificultades aumentan, y no se les ocurre servirse de un capote de distinto color al de la muleta, para sustituirla por unos momentos—como alguna vez se ha visto hacer a Mazzantini y a Fuentes—o mandar al que confecciona muletas, que las haga de dos colores.

Las muletas sencillas, de una sola tela, son ligeras, son manejables, pero son muchas las veces que, por el viento o por otras circunstancias, como las que acabo de anotar, se hacen necesarias de doble tela o forradas.

No por ello se aumentaría el peso de las muletas, dificultando su empleo; pues vendrían a pesar casi lo mismo, utilizando para el color suplementario una lanilla de esas que denominan vuela, o también batista o percalina.

¿De qué color debe ser la tela de suplemento? Cualquiera es bueno; pero deben ser preferidos el amarillo, el blanco, el azul y el violáceo, por el orden que van indicados.

Arquitectura del redondel

SUMARIO

Terrenos.—Ignorancia y olvido de lo que son los terrenos.
—Principales causas del momentáneo olvido en que suelen incurrir los toreros.—Saber estar en la Plaza.—Observaciones sobre construcción de Plazas de Toros.—Cómo debe ser el ruedo.—Malas reformas introducidas en la Plaza de Toros de Zaragoza.—Plaza de Ronda.—Herejías atribuidas a Juan Belmonte.—Las mentiras de un intruso y las verdades de «El Barquero».

Arquitectura del *redondel*

El conocimiento de los terrenos, o mejor dicho, su acertada aplicación, es tan indispensable en el toreo, como conocer las letras del alfabeto para leer y escribir.

¡Cuánto se ha hablado de terrenos! ¡Cuánto se ha escrito!...

Y ¿qué se ha dicho del por qué del mal empleo que de ellos hacen los lidiadores?

¡Ni una palabra!

Unas veces la ignorancia y casi siempre el olvido en que incurren—por el estado de excitación o por la distracción que producen los múltiples incidentes de la lidia—, suelen ser causa de las grandes dificultades con que tropiezan todos, especialmente los espadas, en el cumplimiento de la misión que deben desempeñar.

Y, aunque parezca mentira que los toreros puedan ignorar el asunto, lo cierto es que, desgraciadamente, no hacen el debido empleo de lo que

es base de las suertes. Lo que nos lleva a sospechar que la desconocen.

Y ¿esa ignorancia es general? ¿Es común a todos?

No diré tanto; menos algunos principiantes y otros que, aunque viejos en el oficio, no han podido pasar del abecedario, creemos que todos saben dónde, cómo y cuándo deben hacerse las suertes; aunque no siempre las ejecuten a conciencia.

El momentáneo olvido en que incurren todos, grandes y chicos, respecto a la disposición que deben observar en los cites, y sobre todo en la continuación de los lances mal iniciados, etcétera, depende de la poca seguridad que en ellos mismos tienen y en lo que practican, y de la poca fuerza de voluntad que les caracteriza, atendiendo más que al toro a la constante intromisión de los que no son actores; así como también depende del poco espíritu de observación que les distingue.

Me inclino a creer que la ignorancia de que dan muestras en la plaza, es más aparente que real; porque desde el tendido, todos los profesionales ven quién es el que está convenientemente colocado y quién no; quién saldrá airoso de su empeño y quién se verá comprometido.

Luego, no puede negarse que cuando de espectadores se mudan en actores, olvidan con demasiada y deplorable frecuencia lo más indispensable.

Ello obedece a dos causas; una, la que va indicada, la que está en la fiesta misma; que por larga y pesada que se desarrolle para el público, para el torero suele marchar con rapidez; aunque, al mismo tiempo—valga la antítesis—, se les figure que dura más que la vida de un loro, y estén deseando que el coche les devuelva a casa cuanto antes...

El público, con sus voces y gritos; los técnicos, con sus advertencias y consejos; los intrusos que pueblan el callejón y que también dan lecciones al torero, o llaman la atención del toro, precisamente cuando no hace falta, y hasta el mismo mozo de espadas y los compañeros de cuadrilla, que, cuanto menos entienden, más presumen y mandan, todos parece que van dispuestos a la Plaza a distraer al torero o a volverle loco. (1)

¡Pobre del que los atiende, del que no tiene voluntad, autoridad o fuerza física, como elemento de sugestión, para enviar a cada zapatero a sus zapatos...!

* * *

La otra causa está en la diferencia que entre unas y otras plazas existe.

(1) Recuerdo haber oído al valeroso *Recajo*, que en una fiesta en que él tomaba parte con otro torero español, en la capital de Venezuela, y en la que el compañero no anduvo acertado, su mozo de estoques fué, precisamente, quien más se distinguió en la protesta, silbándole furiosamente cuando se dirigió a devolver los trastos.

Puede asegurarse que no hay dos iguales, ni parecidas en construcción y distribución de dependencias. En unas sale el toro por la parte del sol; en otras, por la sombra; en unas se hace el desfile de cuadrillas, recorriendo el diámetro del redondel; en otras, en ángulo recto; cuando no en una cuerda, como en la de Madrid.

Las hay que tienen el palenque en forma de polígono; en algunas, es ovóideo, y en las más, círculo.

Pocas tienen el desnivel necesario, y muchas son las que tienen bocas de riego en el centro y en el filo de las tablas, a donde van a parar instintivamente los toros.

Plazas hay, como la de Vista-Alegre, en Bilbao, que tienen la tierra del redondel de distintas calidades; húmeda y arcillosa en la izquierda de los toriles,—donde los toros pesan muchísimo, porque se agarran al suelo y cornean a su placer—, y seca en el otro segmento.

Si todas obedecieran a un plan fijo y bien determinado; si los arquitectos encargados de su construcción fuesen aficionados, o se asesorasen de personas competentes en torería, no se daría el caso diario de que los espadas, cuando han tumbado a su primer toro y se disponen a saludar a la presidencia, antes de abandonar espada y muleta, miren a todas partes, desorientados completamente, buscando el palco en que está instalada.

He ahí, pues, una prueba clara de lo que influ-

ye en la buena y ordenada lidia, la diversidad de las plazas; de cómo los toreros olvidan comúnmente dónde, en qué plaza trabajan; o que se figuren hallarse en una determinada, en la que más veces funcionaron, cuando en realidad se encuentran en otra completamente distinta.

Y por equivocarse, o por no darse cuenta del tercio en que se hallan trabajando; por no fijarse en la distribución de toriles y demás puertas; así como en la instalación de las bocas de riego y en la clase de tierra que pisan, confunden y no aprovechan las querencias de los toros, toreadan al revés, o llevan la lidia en terrenos desventajosos para ellos.

De ahí que se diga de muchos toreros que no saben *estar en la plaza*.

El que no hace caso del público—como si para él no existiera, mientras cumple la misión que le está encomendada—, el que pone toda su atención en el toro y para el toro, no para la galería, tiene muchas probabilidades de alcanzar pronto el perfecto conocimiento de las querencias, de los viajes de los toros, de la manera de arrancar o de quedarse en el camino, de la forma en que rematan y se defienden, de los sitios en los que pesan más, y, en suua, de la lidia que a cada uno hay que dar, según las condiciones que presenta.

En cambio, muchos, habilidosos y diestros; con noción de lo que debe ser la lidia, y que teóricamente explican las leyes a que debe ajustarse, tar-

dan mucho tiempo en aprender estos secretos, o no los aprenden jamás—por continuada que sea su práctica—, cuando no atienden más que al lucimiento personal, o a la ovación arrancada con perjuicio de ellos mismos. ¡Que todo lo dan por bien empleado, con tal de buscar la estética en la figura y la gracia en los movimientos y lances...!

De muchos se ha dicho que llegarían a ser grandes toreros cuando supieran dónde, cómo y cuándo debía hacerse aquello mismo que practicaban. Es decir, que no les faltaba hacer más de lo que hacían, para llegar a la cumbre; sino hacerlo con perfecto conocimiento; que es lo que se aprende con el continuo ejercicio, con la mucha práctica, y atendiendo a los buenos preceptores.

Pero unos adquieren este perfeccionamiento pronto, y otros, tarde o nunca; unos son toreros desde que nacen, y otros, cuando los años les pesan, cuando ya no están de moda.

No todos tienen inteligencia despierta y desarrollada, capaz de descomponer los fenómenos más complejos y de tomar de ellos los elementos que han de servirles para la construcción de las verdades generales. Hay muchos, muchísimos, que se conforman con percepciones simples, con ideas concretas, como los de inteligencia rudimentaria...

* * *

¿Cómo se pueden obviar los inconvenientes que ofrecen muchas plazas?

Atendiendo, principalmente, a un plan lógico

en la edificación; plan que fuese invariable en lo esencial, como es en la instalación de toriles, en la colocación de las puertas, en la forma y capacidad de las mesetas, etc.; así como en el particular estudio que deben merecer el emplazamiento de las enfermerías y otras dependencias; las localidades que deben destinarse a músicos y timbaleros; el trazado que debe darse a las escaleras, pasillos y puertas; el número de huecos necesario para desalojar en el menor tiempo posible a los millares de espectadores que siempre tiene la española fiesta, etc.

En algunas, como la ya indicada de Bilbao, en la Almería y en la de Alcála de Henares, los toriles están en la parte de la sombra, debajo del palco presidencial y a dos pasos de donde se colocan los toreros cuando no actúan o cuando descansan; donde se sitúan los mozos de estoques y muchos infusos que hacen que los toros vayan hacia ellos, atraídos por su presencia o por el ruido; que indefectiblemente, tiene que llamarles la atención.

En esas plazas, no se tiene noticia de que hayan salido toros en la dirección que se llama contraria, o derecha de toriles; y los habitantes de aquellas localidades creen, sin duda de ningún género, que todos los toros llevan de salida el viaje natural, o de su izquierda.

Los que por primera vez salen a torear en dichas plazas, y o en otras de parecida distribu-

ción, se sorprenden y casi andan alcanzados, cuando ven salir al toro por donde no esperaban. Y no sólo andan de cabeza los debutantes, sino muchos veteranos, que, con rodar de una plaza en otra, se figuran hallarse en la de su predilección, o en la de su más frecuente actuación.

Ese descuido ocasionó en Bilbao una grave cogida al espada Mazzantini, cuando, después del paseo de cuadrillas, saludando a unos amigos, no se daba cuenta del riesgo que corría a la izquierda y próximo a los toriles.

El aficionado sabe muy bien que la lidia se lleva generalmente en la parte de la sombra; a donde van instintivamente los toros, y donde menos sudan los toreros. Y en plazas como las indicadas, la lidia tiene que tener mayores dificultades que en otras, y por lo tanto, el peligro de los lidiadores será constante y más frecuentes los descuidos.

Tratando los zaragozanos de introducir en su plaza algunas reformas—muchas de ellas necesarias—, encomendaron los trabajos al prestigioso arquitecto D. Miguel Angel Navarro.

Este señor, que no debe de ser muy competente en materia taurina, emprendió las obras sin tener presente que el emplazamiento de toriles en la parte de sombra, es perjudicial; así como achicó el ruedo en unos cuatro metros.

Ninguna de esas reformas puede ser bien vista por el aficionado entendido, ni por los buenos toreros; la de toriles, por lo que ya va dicho, y la del achicamiento del redondel—al que anteriormente quitaron metro y medio—, porque parece que obedece más que a necesidades reclamadas por el público, a presión de los ganaderos. Porque conviene a sus intereses que los ruedos sean chicos, para que el ganado luzca más y parezca de respeto, pasando como de lidia muchos novillos que en otras plazas serían devueltos a los corrales, o fogueados.

¿Quién inspiró esas reformas? ¿Algún enemigo de la fiesta? Y en la capital de Aragón, en la que hay tan buenos aficionados como los haya en otra parte, ¿cómo no alzaron la voz, protestando, oponiéndose a que se llevaran a término?

A los inconvenientes citados hay que añadir el que ocasiona la igualdad, la monotonía que para el torero tiene la configuración circular del palenque, y se comprenderá que se equivoque con la mayor facilidad el que encerrado en un lugar cuya disposición geométrica es la misma, salte y corra, más atento al toro que al terreno conveniente para el buen resultado de lo que pretende ejecutar.

La forma ovalada, que un técnico quería presentar como modelo de *redondel*, no es la más indicada para resolver los inconvenientes señalados;

al contrario, los aumenta; porque parte del público no apreciaría la lidia cuando se llevase a cabo en un extremo del eje mayor del ovóide.

Y como eso de llevar aquí o allí la lidia, no depende siempre de la voluntad del lidiador, y en ocasiones hay que torear donde el toro se aque-
rencia; así como cuando de puro bravo, hace la pelea en un tercio, la mayor parte de los espectadores se quejarían, con sobrada razón, de la desatinada ocurrencia del autor de los planos.

Tampoco la lidia podría llevarse en una plaza ovóidea con el orden y la proporción debidos, cuando fuera necesario correr o cambiar de tercio a los toros; por la diferencia que existiría entre los dos diámetros de la elipse. Una carrera en el eje mayor, quebrantaría más al animal que dos o tres en dirección del eje menor.

Y lo que es peor, aquélla, aunque fuese necesaria, sería más expuesta para el torero, que la carrera en el eje menor.

En el proyecto de Escuela de Tauromaquia redactado por el Conde de la Estrella, se lee:

«Y acerca de la extensión, figura y demás cualidades de la plaza destinada a las lecciones, se deja a la elección del Intendente de Sevilla; a no ser que se quiera que antes se envíe un diseño o croquis.

La figura más acomodada para esta clase de espectáculos, es la circular,

porque la cortan más breve por diagonales, en el caso de un apuro, y en cuanto a si ha de ser con barreras y contrabarreras o con burladeros, estoy ahora por éstos, en los primeros ensayos o lecciones para su más pronto resguardo; así como por lo primero cuando lleguen ya a tocar casi una completa instrucción; porque si ahora no es tan preciso salvarse por medio del salto, lo será sí en lo sucesivo; debiendo servirles además para adquirir más agilidad y acomodarse a la práctica general de casi todas las plazas del España».

Los inconvenientes primeramente señalados—y que influyen poderosamente en la lidia—, pueden resolverse con una ley de construcción, tan necesaria como el reglamento por el que se rigen las corridas; o más, si se quiere. La monotonía del redondel desaparecería en parte, disminuyendo las dificultades que hoy presenta.

Siendo todas iguales en la distribución de toriles y puertas, el torero aprendería en poco tiempo a estar en la plaza. De modo que, la forma circular debe respetarse—teniendo en cuenta cuanto llevamos dicho—, y todos saldríamos ganando; actor, espectador y ganadero.

No se deduzca de esto que, para ser arquitecto hay que ser perito en tauromaquia, no; pero es innegable que para encargarse de proyectar o de reformar una Plaza de Toros, el arquitecto debe estudiar lo mismo cuanto se refiere al carácter y al aspecto del edificio, que cuanto es propio y característico de ese género de construcciones.

Vengan la disimetría y la libertad en la disposición general; pero el arquitecto, que debe proyectar estudiando cada caso conforme al destino que se le ha de dar, no debe olvidar que el edificio público llamado Plaza de Toros, se levanta, no sólo pero presenciar el espectáculo, sino también para que éste pueda desarrollarse lo mejor que sea posible.

Sólo a este fin van dirigidas nuestras observaciones, por nadie hasta ahora tomadas en consideración; ni siquiera por los confeccionadores de reglamentos para las corridas...

El gran Sánchez de Néira dice en su *Diccionario Taurómico*:

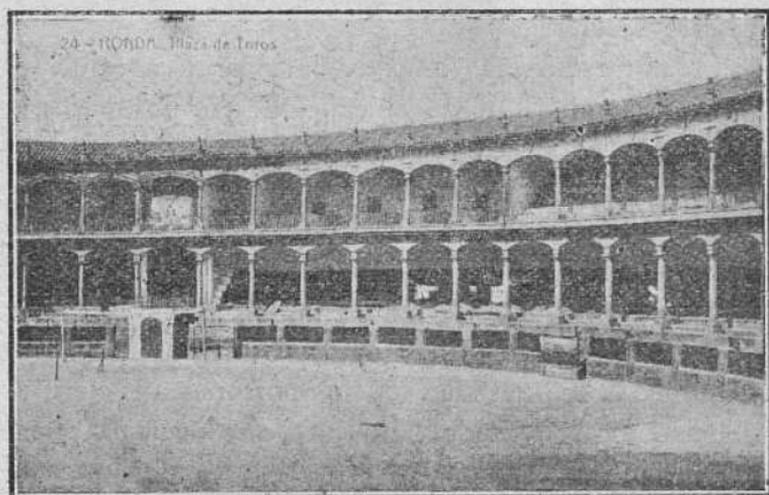
«Como regla general, las plazas deben tener un redondel para la lidia, de cincuenta a sesenta metros de diámetro, y no más, completamente limpio, igualado y enarenado, pero apisonado con rodillo; una barrera fuerte y bien construída y las entradas y asiento lo más cómodos posible, para evitar desgracias: pero

a los cuales no de paso ni el redondel de la plaza ni el callejón de la barrera. Lo demás, ya es cuestión artística, en que el talento del arquitecto se desarrolla más o menos, según sus alcances o medios que pueda disponer».

Como se ve, el maestro Sánchez de Neira da poca importancia al redondel; bastándole con que tenga suficiente diámetro, y con que esté igual y enarenado...

(Ya hemos dicho que este autor dejaba mucho que desear en técnica torera).

Eso de las entradas y de los asientos que no tengan acceso al redondel, está bien; pero la plaza de Vista Alegre, en Carabanchel, no los tiene, y no por eso deja de estar horriblemente trazada.



Tan horriblemente, que nadie puede ver lo que pasa en el ruedo; aunque así no lo creyera un buen amigo y escritor profesional que desde las columnas de *Heraldo de Madrid* hizo proverbial la frase de—¡Qué bien se está en Vista Alegre!..

Ninguna como la plaza de Toros de Ronda, edificada en el último tercio del siglo XVIII, y que es la más antigua que se conserva, se presta al estudio de estas cuestiones.

Tiene, en el interior, un sello propio que la hace ser única. Con columnas de piedra que nacen en la contrabarrera, y que sostienen la cubierta, que es general a todas las localidades, su aspecto es el de un gran patio, elegante y severo, que armoniza con el espíritu de los naturales.

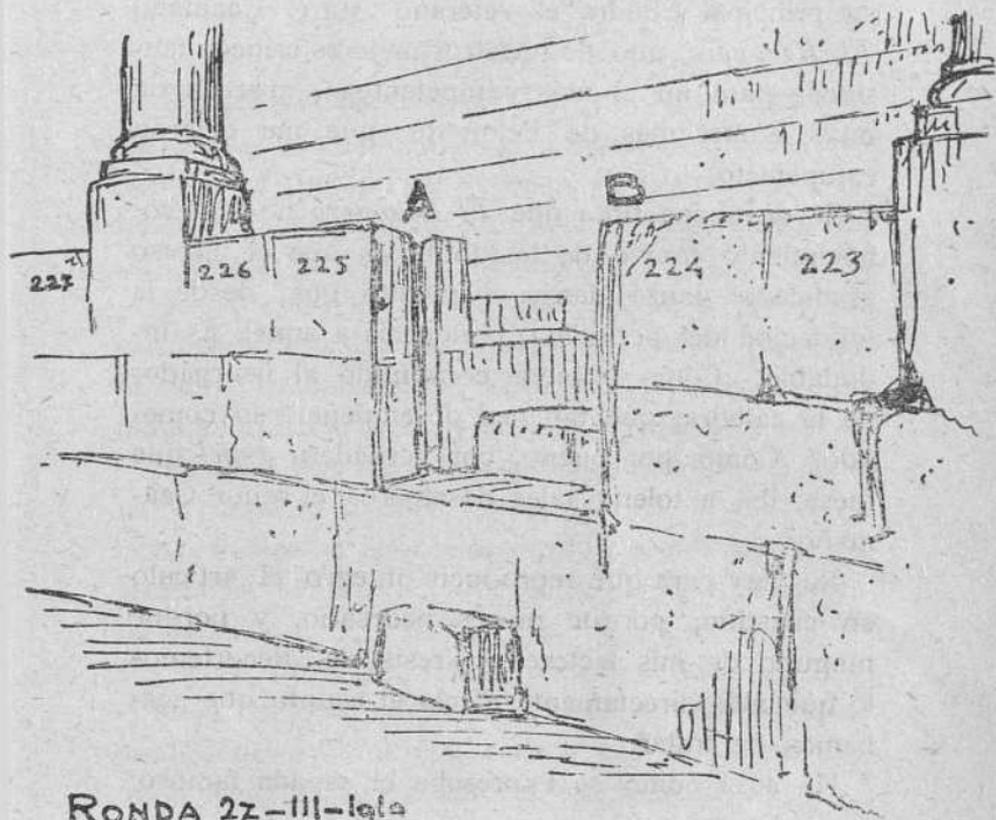
Pero lo que tiene de original en su arquitectura, le falta en el emplazamiento, distribución y forma de toriles, presidencia, puertas, accesos, etcétera, etcétera.

La contrabarrera, que es de sillería, permite el paso al tendido desde el callejón, por la abertura A-B, que se obstruye con unos maderos, cuando la lidia va a dar comienzo. Y la numeración que llevan estas piedras, indica que son localidades de barrera, en las que se *acomoda* el público, con las piernas al aire y hacia fuera.

Dadas las condiciones del callejón—es muy angosto—, y la fragilidad de los portones que cierran el paso a los tendidos, no hay que decir la poca seguridad que tienen los espectadores de aquellas

localidades, así como el peligro constante en que se hallarán los de barrera.

Es decir que, la plaza de Ronda, como todo lo de ésta vetusta, histórica y originalísima ciu-



RONDA 27-III-1919

dad, está bien, bajo el punto de vista artístico; pero tiene infinidad de defectos, que no acertó a ver el alarife que la ideó y la trazó.

Después de cuanto va dicho sobre el particular, conviene que aclaremos unas afirmaciones heréticas, atribuidas al espada trianero Juan Belmonte.

En el periódico antes citado, en el que tuvo su principal cátedra el veterano Angel Caamaño *El Barquero*, uno de nuestros mejores críticos tau-rinos—para mí el más competente—, aparecieron unas confesiones de Belmonte, que me dejaron estupefacto.

Sé de buena tinta que *El Barquero* no tuvo conocimiento previo de las tonterías que el intruso predicador lanzó desde el púlpito que, desde la fundación del periódico, pertenecía a aquél. Es indudable. ¿Cómo hubiera consentido al usurpador de la cátedra, que tan mal desempeñara su cometido? ¿Cómo, por bueno, por verdadero *ángel* que fuese, iba a tolerar tales desafueros el señor Caamaño?

No hay para qué reproducir íntegro el artículo en cuestión; porque no es necesario, y porque ninguno de mis lectores lo resistiría. Recortemos lo que más directamente afecta al asunto que acabamos de tratar.

He aquí cómo se expresaba el espada famoso:

«Yo no sé las reglas, ni tengo reglas, ni creo en las reglas.

Yo siento el toreo, y sin fijarme en reglas, lo ejecuto a mi modo.

Eso de los terrenos, el del bicho

y el del hombre, me parece una papa.

Si el matador domina al toro, todo el terreno es del matador. Y si el toro domina al matador, todo el terreno es del toro»...

¡Por los clavos de Cristo!... ¿Puede un matador de toros, un matador de renombre hablar así? ¿Cómo ha podido decir esas barbaridades, esas herejías tauricas, todo un *santo*, como el patrón de Triana, san Juan Belmonte?...

¿Es que no se le ha visto torear a favor de querencia, y matar así muchísimas veces? ¿Es que al tomar de capa a los toros, da acaso un lance mandando hacia fuera, y el siguiente para las tablas?

¿Es que—por muy fenómeno que se sea—, tiene nadie derecho a decir disparates?

¿Qué dice usted, asombrado lector? ¿Que no estaría en su juicio?... ¡No había de estar, hombre de Dios!

¿Acaso un santo puede perder el juicio?...

Mejor es que no creamos en la certeza de tales confesiones. ¡Cómo iba a decir eso Belmonte! Indudablemente, son cosas del intruso...

CUARTA PARTE

CAPÍTULOS COMPLEMENTARIOS

Las escuelas del toreo de a pie

SUMARIO

Unidad y variedad en el toreo.—La escuela de Ronda.—La escuela de Chiclana.—Sevilla, Córdoba.—Toreros que crearon escuela.—El tiempo borra las escuelas.

Las escuelas del toreo de a pie

Todas las épocas del toreo se han caracterizado por algo que las distingue con absoluta separación; y más especialmente las primeras, las más antiguas; aunque el hecho parezca extraño.

El toreo siempre ha sido uno: pero dentro de esa unidad, las aficiones, las tendencias, el clima, la proximidad a las toradas, el poco contacto de unos pueblos con otros—debido a la dificultad en las comunicaciones, etc. etc.—constituyeron agrupaciones, con notas que las diferenciaban.

Esas agrupaciones se llamaron escuelas, y fueron hijas del tiempo; porque igual fenómeno se observa en la vida del arte pictórico, en la arquitectura, en la escultura, en el desarrollo de la literatura, en todo.

La escuela rondeña, primera en orden histórico, empieza y acaba en una sola familia de toreros; diestros valerosos, serios, educados en la más pura manera de ejecutar las suertes.

Ronda es la Meca del toreo.

Francisco Romero, el tronco del árbol, que aparece lozano y espléndido en Pedro; y José, Gaspar y Antonio las últimas hojas...

La escuela chiclanera comienza en Jerónimo José Cándido, que es el que inicia la habilidad en las suertes. Llega a su mayor esplendor con Francisco Montes—el innovador artista, y acaso la figura más grande o de mayor relieve en la torería—, y desaparece con la trágica muerte del *Cano* y la prematura de José Redondo *Chiclanero*, discípulo de Montes, a quien le disputó el trono...

No están muy distantes Ronda y Chiclana; pero sí lo bastante para ofrecer cada una su característica; propia más bien del ambiente, que de otras influencias.

Ronda, en plena sierra, en las estribaciones de los picos de San Cristóbal y de Nuestra Señora de las Nieves, hace que sus habitantes sean serios, meditativos, desconfiados y... agridulces, como sus famosos peros.

Chiclana, por el contrario, tiene otra situación geográfica; otro cielo, otro horizonte, y sus naturales son distintos de los rondeños.

No obstante, tan efímera como la escuela de Ronda, fué la de Chiclana. Ronda tuvo tres generaciones de toreros, el primero de los cuales vivió a principios del siglo XVIII, y los últimos, los nietos, que llegan hasta los comienzos del XIX.

A partir de este momento, no da uno que

continúe las glorias de aquéllos, y Ronda muere para la fiesta.

Chiclana surge en las postremerías del XVIII, y aunque su fundador seguía toreando a los setenta y cinco años, sus mejores adalides se retiraron de la profesión, o hallaron la muerte, relativamente jóvenes.

Francisco Montes se retira a los cuarenta y cinco años, y fallece poco después; Manuel Jiménez *El Cano*, halla su fin en la plaza de Madrid, a los treinta y ocho, y José Redondo *Chiclanero*, muere tuberculoso a los treinta y cinco.

Al igual que Ronda, Chiclana se borra después de medio siglo de esplendorosa historia.

Sevilla...

* * *

¿Tuvo Sevilla escuela propiamente dicha? ¿No suele decirse escuela sevillana?

Así como Madrid es la capital de España—geográfica y políticamente hablando,—Sevilla es el centro del mundo torero. Esto no puede negarse; y los éxitos de sus artistas suelen ser mayores y de más positiva garantía que los de Madrid y de todas partes.

¿Cómo negar que Sevilla ejerce en el toreo una especie de caciquismo, que lo hemos creado y hasta reconocido los demás, cuantos admiramos su pasado y la calidad y número de los soberanos artistas que allí tuvieron su cuna?

El que quiera ser torero, sin haber visto a-

nacer el cielo sin par de la capital de Andalucía, tropezará con infinitos obstáculos; tardando mucho en llegar, por muy estimables que sean sus disposiciones. Que en ninguna otra parte del Planeta que habitamos, hay el ambiente y las facilidades que la antigua y bella *Hispalis*, la que, mirada por donde se la quiera mirar; tampoco tiene parecido con la inmensa mayoría de las ciudades del orbe; constituyendo con nuestra inmortal Granada, con Venecia y Brujas, una de las cuatro excepciones, por su sello característico, inconfundible, propio, tanto como por su historia.

Sevilla tuvo y tiene artistas de todas las cuerdas, de todos los temperamentos y estilos, en lo que a nosotros nos interesa. Fáciles, sueltos y elegantes; bravos, secos, buenos estoqueadores; inteligentes y completos.

Y al lado de los que son trabajadores, tiene apáticos; como tiene alegres y tiene seriotos; y frente a los que son pundonorosos, pone a otros que son muy descuidados...

¿Para qué citar nombres?

Por eso y por el gran número de colosos que ha dado, no puede decirse que Sevilla creó escuela propia. Los sevillanos no han tenido, no han podido tener una personalidad, como la tuvieron los Romeros: (1) ni las maneras de los chicla-

(1) Hubo una excepción en la familia. José Romero, hermano de Pedro, se hizo discípulo del sevillano *Pepello* con gran disgusto de Pedro; que hubiera deseado que todos los hermanos conservaran la tradición de sus mayores.

neros, que, aunque no constituyeron familia como aquéllos, hermanaron sus gastos y aficiones.

Repasemos la historia torera sevillana.

Costillares imitó la manera rondeña: *Pepello*, más se distinguió por lo exagerado de su amor propio, que le llevaba a extremos inverosímiles; *Curro-Guillén* era alegre y hábil, y si no el fundador de lo que hoy se denomina escuela o toreo sevillano, uno de los que más se distinguieron por las arrogancias y adornos exclusivos de ese género de lidia.

Antonio Ruiz *el Sombrerero*, Juan León y el *Morenillo*, discípulos de *Curro-Guillén*, también ofrecieron diferencias notables; el primero imitó al maestro, pero los otros se distinguieron por su toreo serio y parado, no exento de adornos, que son las características de otra escuela que nació después; la cordobesa.

Los hermanos Baden, tampoco se asemejan; siendo uno hábil y suelto; otro, torpe y temerario, y el tercero, mejor torero que matador.

Cúchares, aunque nacido en Madrid, debe ser tenido por sevillano; y como la encarnación más viva del toreo al que hoy se ha dado en llamar así: no obstante haber recibido sus primeras lecciones de Pedro Romero, quien, como ya he dicho, era de la cuerda contraria.

Tato y *Gordito*, principalmente éste, siguieron a *Cúchares*.

Sevilla, que ha vivido siempre sin encerrarse

en límites, al revés que Ronda y Chiclana; que era la ciudad más rica y floreciente de la península en el siglo XVII; donde tenían su asiento las Bellas Artes; la que fué emporio del comercio, de las manufacturas y de la navegación; puerto único para al tráfico de Indias, durante mucho tiempo, y el que estableció los lazos con América; Sevilla, no pudo reconocer y no reconoció fronteras ni límites en ninguna de las manifestaciones del saber.

Tal ha sido la condición de los hombres allí nacidos y que se han distinguido en las ciencias, en las letras y en las artes.

No se entienda por ésto, no se deduzca de cuanto llevo dicho, que para ser torero hay que ser indefectiblemente sevillano. Nada de eso; que equivaldría a decir que todos los sevillanos eran toreros. Y no es así.

De la escuela cordobesa, se puede decir lo mismo que de la sevillana. Los nombres de sus principales campeones — *Panchón, Pepete, Bocanegra, Lagartijo, Guerrita*—, son prueba evidente de que, dentro de su unidad, dentro de su carácter local, es tanta la diferencia que hay de uno a otro, que nada tienen de común, fuera de las particularidades propias de la región.

La época moderna, con sus asombrosos descubrimientos científicos, borra las fronteras y esta

blece una relación constante entre los pueblos más apartados. De esta relación, de este contacto, nacen la unión espiritual y física, la unión política, la unión que entretejen el idioma, las costumbres, el comercio...

La verdadera nacionalidad, la que se funda en la atracción de los pueblos y en su fusión, no comenzó, como suele decirse, en tiempos de los Reyes Católicos, sino en el siglo XIX; y hoy, todavía—digan lo que quieran los definidores de nación y estado—, aunque uno sea el idioma, el oficial, y una la religión, y aunque están bien definidos los límites impuestos por la naturaleza a nuestra península, no es nación, sino estado; porque ofrece en sus diferentes regiones, muchos de los caracteres de aquellos pueblos que, en pretéritas edades, invadieron nuestro hermoso y deseado suelo. Los levantinos son cartagineses y griegos; los del mediodía, fenicios; los gallegos, suevos... Y en toda ella, a excepción de Vasconia, que es ibera, hay alanos, vándalos, romanos, árabes...

Como la fusión, el cruzamiento de estas razas, no se verifica todavía con la facilidad necesaria, España, tendrá que pasar por muchos siglos, para ser nación, en el verdadero sentido de la palabra.

Según esto, y volviendo a lo que decíamos en el comienzo del capítulo, se comprenderá fácilmente por qué las escuelas del toreo se distinguieron unas de otras, con absoluta separación.

Unase a lo dicho el número escaso de vacadas que entonces había; las pocas Plazas de Toros, y las muy contadas fiestas que al cabo del año se celebraban, y se comprenderá las diferencias que las caracterizaban.

El toreo de Ronda fué serio y sobrio; el de Chiclana se distinguió por la perfección y el buen gusto; el que decimos sevillano, por lo elegante y juguetón; y el de Córdoba, porque participa de todos y los funde.

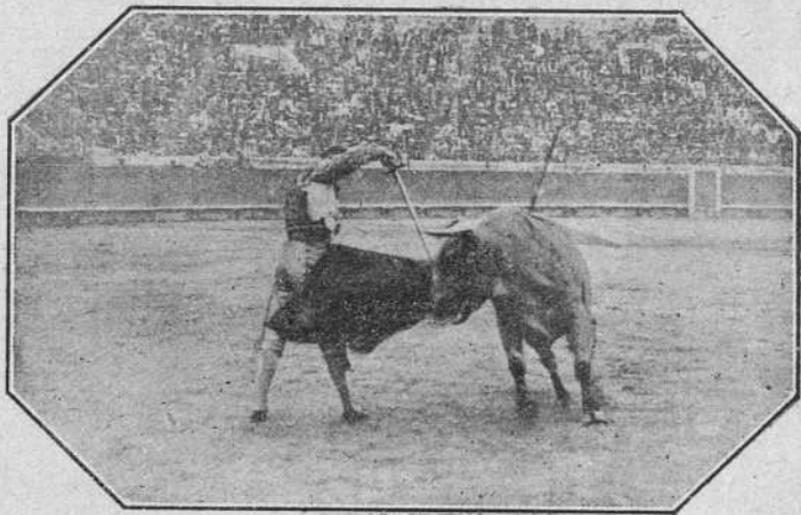
Los navarros y vascos no llegaron a formar escuela, por ser sus campeones pocos en número y muy distintos entre sí; aunque se caracterizaban por una serenidad inconcebible y por el poco apego a las elegancias.

Los mexicanos, tampoco crearon escuela, porque son toreros modernos; y los modernos—nacieran donde nacieran—, tienen que estar influenciados por el ejemplo y por el estilo, no ya regional, sino personal de los que más bullen.

Sólo así podemos explicarnos que Aragón y Vizcaya, que siempre dieron toreros secos y bravos, también hayan dado artistas fáciles, sueltos y elegantes; como *Bernalillo* y el infortunado Florentino Ballesteros, en la tierra de la Pilarica y *Torquito*, Joselito Martín y Martín Agüero, en la tierra de Iparraguirre; que Madrid, que tuvo a toreros como el gran Cayetano Sanz, *Don Gil*, *Re-*

gatero y Gonzalo Mora, haya dado estoqueadores como los hermanos *Dominguín*, Vicente Pastor, *Mazzantinito* y *Regaterín*; que Sevilla, que dió muchos toreros adornados y alegres, tuviera a Reverte, a *Espartero* y al tercero de los *Pepetes*, que dieron la nota contraria.

Y que Córdoba, que en sus albores tuvo a hombres del temple de *Panchón*, del primer *Pepete* y de *Bocanegra*, cambiara de gustos con *Lagartijo*, *Torerito*, *Guerrita*, *Lagartijo Chico*...



Dislocantes y dislocados

SUMARIO

La arrogancia antigua y las ridiculeces de hoy.—Siempre hubo fanatismos en la afición.—Los toreros deben ser hombres, no peleles, ni payasos, ni niñas toreras.—La fuerza física como elemento de sugestión.—Algo que pasó a Mazzantini,

Dislocantes y dislocados

A muchos toreros, particularmente a los andaluces, favoreció grandemente en la acogida de los públicos, la simpatía que emanaba de sus personas; simpatía que forzaba a disimularles muchas desigualdades, y a perdonarles no pocos desaciertos.

Ejemplos: *Pepeillo*, *Curro-Guillén*, Juan Pastor, *Cúchares*, *Tato*, *Gordito*, *Currito*, *Espartero*, *Minuto*, Reverte, Ricardo Torres, *Pepete III...*

Hoy ocurre lo mismo con algunos, como Rafael *el Gallo* y *Chicuelo*, por ejemplo.

Individuos cuyos méritos son escasísimos, por no decir negativos, viven y medran por dislocantes; unos en el hablar, otros en cantar flamenco, o en el vestir, en los andares, en el *ángel*, o en la reputación que se buscan en la Prensa asalariada.

¡Allá ellos con su conciencia; y que buen provecho les haga el fruto que obtienen de sus mentiras!

Pero lo que aquí conviene hacer constar es que nunca hasta hoy—precisamente cuando más se habla de estética, de belleza de líneas, de armonía en el conjunto, etc., etc.—, nunca han dado los toreros una idea menos aproximada de lo bello y bizarro.

¡Contemplad las fotografías que profesionales y aficionados obtienen en las Plazas de Toros!

Todos los toreros—salvo aquellos contadísimos que se distinguen por la poca flexibilidad de su cuerpo y la escasa gentileza en la figura—, son, o parecen dislocados, descompuestos, como artefactos mecánicos, fabricados de diversas piezas; pero a los que faltan ejes, bielas, engranajes y tornillos. Sobre todo, tornillos...

De Pascual Millán son estas líneas:

«La fiesta de toros es la más artística de todas; por el arte llegó a dominar en el siglo XVII; por el arte subyugó a nuestro buen pueblo del siglo XVIII; por el arte fanatizó a nuestros padres, en la época de Montes; por el arte nos electrizó a nosotros, cuando Rafael y Salvador sostenían aquella inolvidable competencia que señaló la edad de oro de nuestros espectáculos; por lo poco que aún conserva de artístico, en medio de su postración, tiene hoy acérrimos partidarios.

Sin la nota artística, las corridas de toros hubieran desaparecido hace tiempo. Fuera sólo el valor lo que en ellas se admirara, y no tendrían público bastante a sostenerlas; como no lo tienen por sí solos ni el funámbulo que vendados los ojos corre por una maroma a una inmensa altura, ni el aeronáuta que en mal globo se aventura en el espacio, sabiendo que casi todos sus antecesores se estrellaron; ni el domador de fieras que se encierra con ellas en una jaula, confiado en preparaciones que salen fallidas las más veces.

Sin el arte, que es su nota característica, nuestra fiesta no hubiera producido esas asombrosas creaciones que firman con orgullo los grandes artistas de todas las épocas, desde Goya hasta...

A ser el valor lo dominante, esas estatuas hermosísimas, esos grupos escultóricos, esos cuadros de luz y de vida, esas aguafuertes, esas acuarelas, todo lo que se ha reproducido hasta la saciedad y recorrido el mundo entero, no existiría.

Esa atmósfera de arte que envuelve el espectáculo, hace desterrar lo

antiartístico, con la acritud de una disonancia...

Puede afirmarse rotundamente; en los toros es bueno todo lo artístico, y malo lo demás. Por eso quienes mejor juzgan la fiesta, quienes la ven con más alteza de miras, son los que verdaderamente sienten el arte.

En el *Midi* hay muchos y muy buenos aficionados a nuestras corridas. Con frecuencia nos hablan de las celebradas en su pueblo, y para demostrarnos las desdichadas faenas de algunos matadores, acuden a lo gráfico, y nos envían instantáneas, diciéndonos con la mayor sinceridad:

—Vea V., señor, cómo quedó fulano en la corrida de tal fecha...

Y aquellas instantáneas dicen más que todo lo que pudiéramos escribir aquí los revisteros más intransigentes. Con ellas huelgan los razonamientos; basta fijarse en las fotografías para juzgar...

No necesitan saber de toros, ni haber visto muchas corridas los que aquello presencian en el *Midi*, para tenerlo por malo; les basta con su intuición artística.

Aquel cuadro chavacano, grosero,

ridículo, burdo, de un animal sin arrogancia ni respeto ni corpulencia, y un saltimbanqui con la figura deshecha y el rostro demudado; aquel cuadro de fealdad absoluta, no puede gustar a nadie; todos lo miran con repugnancia y lo silban furiosamente.

Conmigo han ido a los toros muchos artistas extranjeros que por primera vez veían el espectáculo, y era de admirar la seguridad con que lo juzgaban, sin más leyes que su culto a la belleza. Recuerdo al célebre d' Aubepierre, que me acompañó a la plaza una de las tardes que toreó *Lagartijo*.

El aspecto del circo, con su luz, sus mujeres, su animación, su vida, su color, le deslumbró; recorría con la mirada toda la plaza, sin fijarse en ningún sitio determinado. No concebía un cuadro tan grandioso.

Muy pronto le atrajo Rafael. El no sabía lo que era en el toreo aquel hombre; le creía uno más entre la turba de lidiadores que jugaban con el toro. Y sin embargo, desde que le vió echar el primer capote, ya no miró más que a él; él llevaba con-

sigo el arte; él componía un cuadro hermoso siempre que se movía delante del bicho; era allí lo que daba *cachet* a la corrida.

No, no sabía d'Aubepierre cómo se llamaba técnicamente aquello que Rafael hacía; le importaba un bledo ignorarlo. Diría con el poeta inglés: —¡El nombre! ¿Qué supone? Porque la rosa dejara de llamarse así, ¿tendría menos fragancia?—El no veía más que el cuadro plástico, la composición del grupo, la pureza de líneas, la arrogancia de las figuras, y aplaudía aquello por lo que de estético encerraba. Y por eso, por ser hermoso dentro del arte, era bueno dentro de la tauromaquia; los aplausos de los aficionados inteligentes y los del artista profano, se unían. Por diversos caminos iban a parar a un mismo punto.

Cuando llegó la hora de matar, y Rafael pasó de muleta con aquel clacisismo que le dió tanta gloria, d'Aubepierre presenció la faena sin pestañear; no daba crédito a lo que veía; el espada y el toro, formando siempre un grupo escultórico como no lo soñara Praxiteles, le tenía absorto. A

veces su entusiasmo le hacía romper en aplausos, y los aplausos del que nada entendía de toros, iban a unirse de nuevo con los de los que no comprendían la existencia sin nuestro espectáculo.

Pero lió la muleta el cordobés, y como viera en su tanteo que el bicho podía con él (según gráfica expresión del espada), se arrancó de largo, cuarteando con paso atrás, encorvado, no hizo la reunión y dejó en lo alto una de aquellas medias estocadas que tanto se han discutido. Los lagartijistas aplaudieron furiosamente; los demás callaron.

Nuestro amigo miró despectivamente a los que aplaudían, y volviéndose hacia mí, gritó contrariado: *¡Mais ca c'est ignoble...!*

Y el ignorante, el extranjero, el que no conocía una sola palabra del tecnicismo taurómico, el que en su vida había estado en los toros, juzgaba sólo con el sentimiento artístico mejor que aquellos que aplaudían.

Mientras *Lagartijo* se mantuvo compuesto digno, serio, artístico, el artista aplaudió; pero cuando se descompuso, cuando se echó atrás,

cuando se encorvó, cuando deshizo aquel hermoso cuadro, matando con tranquilo a la res, el «hombre de arte» quiso manifestar su desagrado y gritó denodadamente:—¡Esto es innoble...!

Tenía razón; juzgaba mejor que los técnicos amigos del *Califa*, porque juzgaba sin prejuicios, a conciencia, con absoluta lealtad.

Aquello que hizo entonces Rafael fué matar a traición, herir huyendo, cubrir el arte con un tupido velo, dejando ver la desconfianza, el apocamiento, la inseguridad.

Y al cuadro hermoso sucedió otro con falta de vigor, deslabazado, confuso, pobre, que el gran jurado de la intaiación estética arrojaba de aquel brillante concurso, donde figuraban creaciones tan colosales.

Que éstas dominen en la plaza debemos procurar todos los que de toros escribimos. ¿Cómo? Fustigando sin piedad lo antiestético, lo deshecho, lo bufo, y ensalzando lo verdaderamente hermoso, hágalo quien quiera.»

¡Mientras se mantuvo compuesto, digno, serio, artístico, el artista aplaudió...! ¡Cuando descom-

puesto se echó atrás; cuando se encorvó, cuando deshizo aquél hermoso cuadro...!

La ductilidad y flexibilidad de músculos, necesaria al torero, se ha confundido con las contorsiones ridículas, con las violencias que imprimen a los movimientos y el afeminamiento en las posturas.

La dignidad varonil en el gesto y en los movimientos del cuerpo; la sencillez y naturalidad, están siendo sustituidas por la afectación propia de la mujer. Se aplaude el balanceo de caderas; gustan los desplantes cómicos; se ensalza al raro y ridículo, al que mejor ejecuta una serpentina, al soberbio, al coqueto, al que busca graciosas posturas. Se llama pase al molinete, y en todas las reseñas bien hechas, hay que hacer constar—para que modistas y niños elegantes tomen buena nota—, los colores del traje y de los cabos que sacan los espadas...

Los rasgos de valor y las proezas de los lidiadores, no se comprenden sin alardes de arrogancia y de guapeza; así ha sido siempre y así debe de ser; así es nuestra fiesta y así ha sido.

¡Ah! Pero el inmortal aragonés que pintó a *Martincho* y otros toreros de su época, vuelto a la vida, no retrataría, como hizo, a los campeones de hoy; y si los trasladaba al lienzo, los pondría disfrazados de niñas toreras, o con piernas de alambre y brazos de goma en cuerpos que serían sacacorchos...

No debo ocultar que también en otras edades, hubo ridiculeces por parte de los toreros, y más exageraciones fanáticas que las de hoy entre los aficionados. Pero aquellas ridiculeces—como la de Manuel Jiménez, quien teniendo desde joven el pelo cano, le daba por lucir un día moña azul celeste y otro día encarnada—no indican más que un mal gusto, o un deseo de atraer la atención, con innovaciones que no fueron acogidas.

Y en cuanto al público, no le creo al de hoy capaz de bajar al ruedo, a colocar una corona de plata en las sienes de Belmonte, de *Chicuelo*, o de *Larita*, como sucedió en Málaga con *Paquiro* (1) y como en Cádiz, donde a este último y a *Cúchares* adornaron la cabeza con flores naturales un año después...

Una cosa es que el torero sea bien proporcionado y no de figura repulsiva—que ésta le perjudicaría en el favor del público—; que sea joven, robusto, ágil, de inteligencia despierta, con perfecto conocimiento del toreo y con el necesario ánimo para verse ante el toro. Y otra, muy distinta, la de buscar artificios que no son propios ni dignos del hombre.

Que el torero sea guapo, o que tenga cara de mujer bonita—como dijo de *Fabrilo* el marqués de Premio Real—, poco importa, y no tienen

(1) 12 de junio de 1842.

culpa los que así salieron fabricados. La cara no es el cuerpo, ni la apostura varonil.

Lo que sí importa es que el torero sea guapo ante el toro, y que se porte como un hombre; como le pasaba a *Frascuero*, quien, feo y negrò, no era feo, ni podía serlo porque no era su alma. Su caridad, su bondad, su filantropía son de todas conocidas y encarecidas; como su valor y su amor propio; y si la cara es el espejo del alma, *Frascuero* era mil veces más guapo que *Fabrilo*.

Lo malo es que el afeminamiento en el vestir y en los movimientos que se imprimen al cuerpo suelen ir siempre hermanados con la poca decisión en el torero, que quiere cubrir el miedo con ventajas, tranquilas y fingidas actitudes.

En el redondel están de más las señoras y los peles. La fiesta de los toros es de hombres y para hombres; hombres fuertes, de indomable corazon, hombres seguros de que pueden con el enemigo, al que deben asombrar con sus guapezas, tanto como al público. Hombres que, en un momento dado — porque ha ocurrido una desgracia que desmoralizó a las cuadrillas, porque el toro es de lidia difícil y sembró el pánico, porque el público se puso injustamente de uñas, o porque hace falta imponerse y hacerse respetar, como hizo Antonio Fuentes en la tarde aciaga del 27 de mayo de 1894, en que murió el *Espartero* —, no solo sepan sino que puedan velar por todos, dar

ánimos al débil y hacer que prevalezcan los derechos que el reglamento les concede.

Rafael *el Gallo*, es muy diestro; pero con toda su maestría, ¿qué haría como director de plaza, en una tarde como aquella que acabo de citar? ¿Qué haría si saliese un toro poderoso y mal intencionado, al que se negaran a ir los subalternos? ¿Qué, si el presidente, atropellando todo lo reglamentado, abusase de sus facultades?

Yo sólo sé que en el ruedo no basta el prestigio que dan los conocimientos y las elegantes maneras de burlar al toro; hace falta algo más, que es la fuerza física, como elemento de sugestión.

No puede negarse que, sin darnos cuenta, padecemos la influencia que de ella se deriva; que nos achicamos o atemorizamos ante los hombres dotados de robustez o de vigor poco común; y que este fenómeno de atavismo, no ha logrado contrarrestar la civilización.

De ello nace precisamente, el que imaginemos gigantesco a un individuo a quien no conocemos cuando su nombre lo divulgan las trompas de la Fama...

* * *

El matador de toros Luis Mazzantini fué contratado para despachar él solo una corrida de seis cornudos navarros, en la plaza de...

Por causas que aquí no interesan, no pudo lle-

gar a tiempo, y la corrida hubo que aplazarla para el día siguiente al señalado.

Como los habitantes de la comarca acudieron en gran número al anuncio de la fiesta, y como la Compañía ferroviaria se negó a dar validez para el otro día a los billetes de ida y vuelta que aquellos habían adquirido, como la población no reunía condiciones para albergar a tanto forastero, se amotinó el pueblo, y el rumor de las amenazas confundía la ciudad.

La muchedumbre dió en decir que la culpa de cuanto ocurría tenía Mazzantini, y tal recibimiento se le preparaba, que se le aconsejó que desistiera del viaje...

Cuando el tren que le conducía entró en agujas, el pueblo y los forasteros, armados de garrotes y estacas, invadían el andén.

Detúvose el tren; abrióse una portezuela, y la figura ciclópea del espada algoibarrés apareció en el vagón.

Mazzantini, cortés y sonriente, saludó al pueblo y como obedeciendo a un general y misterioso impulso, los palos cayeron de las manos, que al quedar libres de estorbos, se juntaron en aplauso ensordecedor y unánime.

Mazzantini no habló; no tuvo tiempo; no hizo otra cosa que presentarse y saludar. Ello fué lo bastante para sugestionar, para dominar a los que como chacales, rabiaban por apoderarse de la víctima...

No en balde, para él parecen escritos aquellos versos en que Alonso de Ercilla describía a los araucanos:

*Son de gesto robusto, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos;
espaldas anchas, pechos levantados,
recios miembros de nervios bien fornidos...*

* * *

Sí; hoy se habla, más que nunca, de estética, de belleza de líneas, de proporciones, de conjuntos armónicos...

Estas palabras figuran ya hasta en el léxico de los mozos de estoques...

La mentira siempre tuvo un no sé qué para cautivar y seducir, y asentados en ella, como en cimiento de arena, muchos toreros van viviendo y prosperando.

La verdad es modesta, es humilde, es muda; no se disfraza de galas y colorines; no llama la atención de los sentidos externos.

Pero, más o menos tarde, la ciega humanidad la descubre y la reverencia.

Explicación de los grabados



PÁGINA

1.º	Mazzantini reunido para estoquear el primer toro que se lidió en la inauguración de la actual Plaza de San Sebastián.	18
2.º	<i>Conejito</i> tanteando con la muleta.	45
3.º	Tomás Mazzantini citando a banderillas	46
4.º	Paco Madrid terminando un quite.	48
5.º	<i>Moreno de Alcatá</i> terminando un quite.	48
6.º	Gaona en un par de los suyos.	56
7.º	El banderillero Moyano preparando a un toro para ser banderilleado.	66
8.º	<i>Pape III</i> (José Gallego Mateo), en un pase ayudado.	71
9.º	Rodolfo Gaona igualando en tablas.	78
10.	Ricardo Torres <i>Bombita II</i> , trasteando con la izquierda.	79
11.	Francisco Martín Vázquez, matando.	81
12.	Antonio Fuentes disponiéndose a pasar de muleta.	90
13.	Interior de la Plaza de Toros de Ronda.	155
14.	Contrabarrera y paso al tendido en Ronda.	157
15.	Joselito Martín, maestro en elegancias.	173



INDICE

Introducción.	7
¿Dejaremos de ser rutinarios?	15
El toro en el primer tercio.	31
El toro en el segundo tercio.	51
El toro en el último tercio.	69
Los ojos del toro.	87
El toro va donde pone la vista.	111
Los lances por la izquierda.	123
Arquitectura del redondel.	141
Las escuelas del toreo de a pie.	163
Dislocantes y dislocados.	175

DEL MISMO AUTOR

PUBLICADAS

EL SECRETO DE BELMONTE.	2	pesetas.
EL CHIQUITO ES GRANDE.	2	»
MÉXICO RECONQUISTA SUS LIBERTADES	3,50	»
LOS OJOS DEL TORO.	5	»

EN VÍSPERAS DE PUBLICARSE

TOREROS DE NUEVA ESPAÑA.
CALENDARIO TAURINO (Trece tomos).
LA MALA ESTRELLA (Dos tomos).
TOREROS VASCOS.
HISTORIA DEL TOREO.

MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas.

Número.. 160..... Precio de la obra.....

Estante... /..... Precio de adquisición

Tabla /..... Valoración actual.....

Número de tomos..

7

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

160.

ANAS

LOS OJOS

DEL TORO